

4

ANTOLOGÍA

LITERARIA

RELATOS AMAZÓNICOS

Material en validación

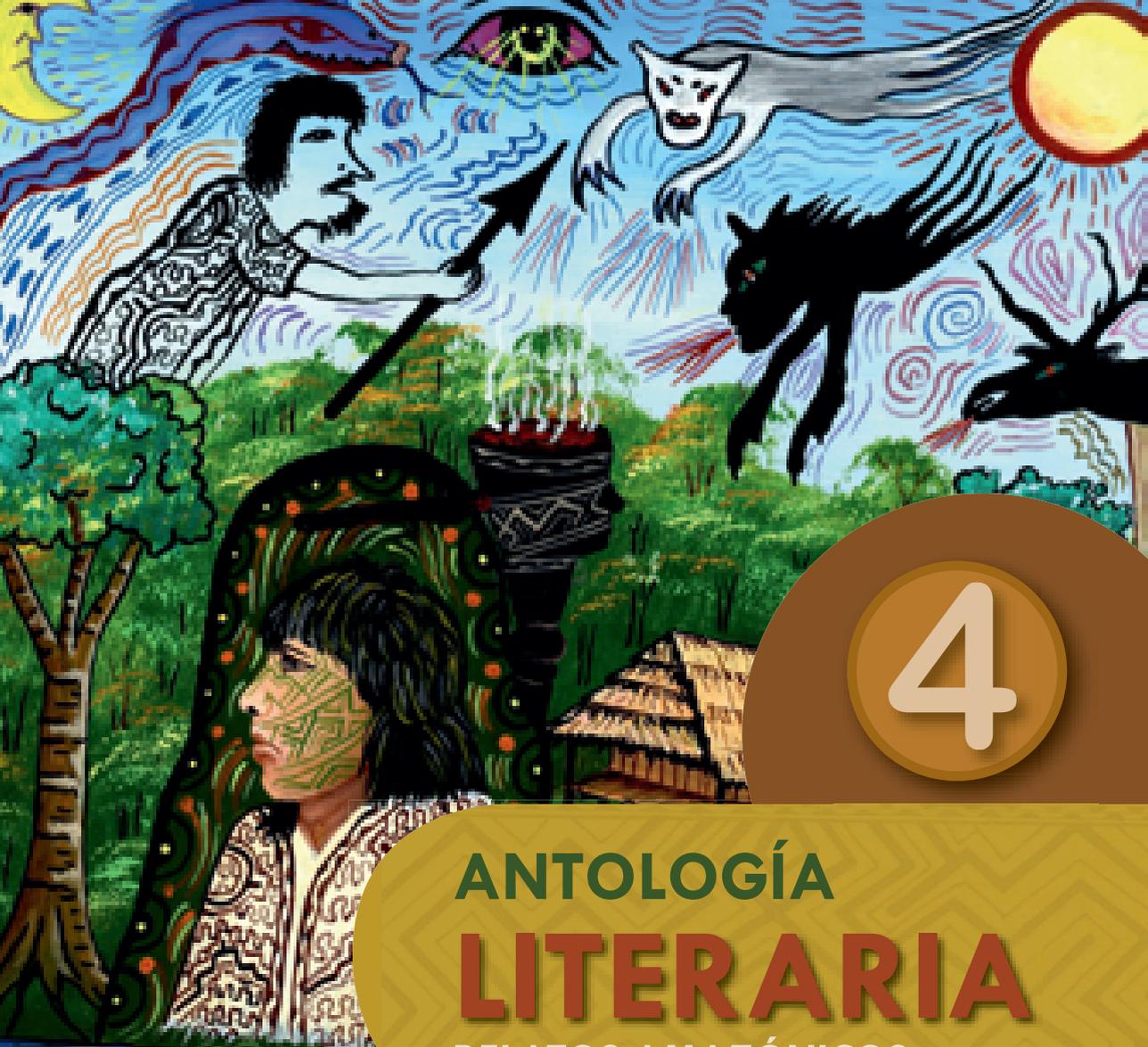


PERÚ

Ministerio  
de Educación

# PROYECTO EDUCATIVO NACIONAL AL 2021





4

ANTOLOGÍA

LITERARIA

RELATOS AMAZÓNICOS





Ministerio de Educación

Dirección General de Educación Básica Alternativa, Interculturalidad Bilingüe  
y de Servicios Educativos en el Ámbito Rural

Dirección de Educación Intercultural Bilingüe

## **ANTOLOGÍA LITERARIA 4 RELATOS AMAZÓNICOS**

©Ministerio de Educación  
Av. De la Arqueología cuadra 2, San Borja  
Lima, Perú  
Teléfono: 615-5800  
[www.minedu.gob.pe](http://www.minedu.gob.pe)

Primera edición, noviembre 2018  
Tiraje: 114,399 ejemplares

**Elaboración de contenido**  
Alan Ever Mamani Mamani

**Asesoría y revisión técnica (Digeibira-DEIB)**  
Leoncio Sejje Mamani  
Genaro Rodrigo Quintero Bendezú

**Diseño y diagramación**  
Juan Anibar Mamanchura Sardon

**Ilustraciones**  
Archivo DEIB-Digeibira

**Cuidado de edición**  
Daniel Soria Pereyra

Impreso en Quad/Graphics Perú S.A.  
Av. Los Frutales 344, Ate, Lima 03, Perú  
RUC 20371828851

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N.º 2018-16536

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio,  
total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.  
Impreso en el Perú/*Printed in Peru*



# Presentación

Querido(as) niñas/niños:

Este texto de lectura es para ustedes, y les va a ayudar a ampliar sus conocimientos sobre diversos temas de manera entretenida. Lo hemos elaborado un grupo de maestros y maestras con mucho cariño y entrega para que ustedes puedan tener mayor información, con el apoyo de su profesor o profesora, pero también de sus padres, abuelos y otros familiares.

Las lecturas que encontrarán en este texto les ayudarán a conocer mejor su cultura y la historia de su pueblo, a mejorar sus capacidades de expresión oral y escrita en la lengua castellana, a valorar a su familia, a respetar a la naturaleza y a cuidar el medio ambiente en el que viven. Les ayudará también a convivir en armonía con las demás personas con las que se relacionan en su casa, en la escuela y en la comunidad.

La información que encuentren les permitirá reforzar sus diversos aprendizajes. Estamos seguros que de les gustará y que aprenderán muchas cosas interesantes.

¡Buena suerte y a leer con cariño!

Ministerio de Educación

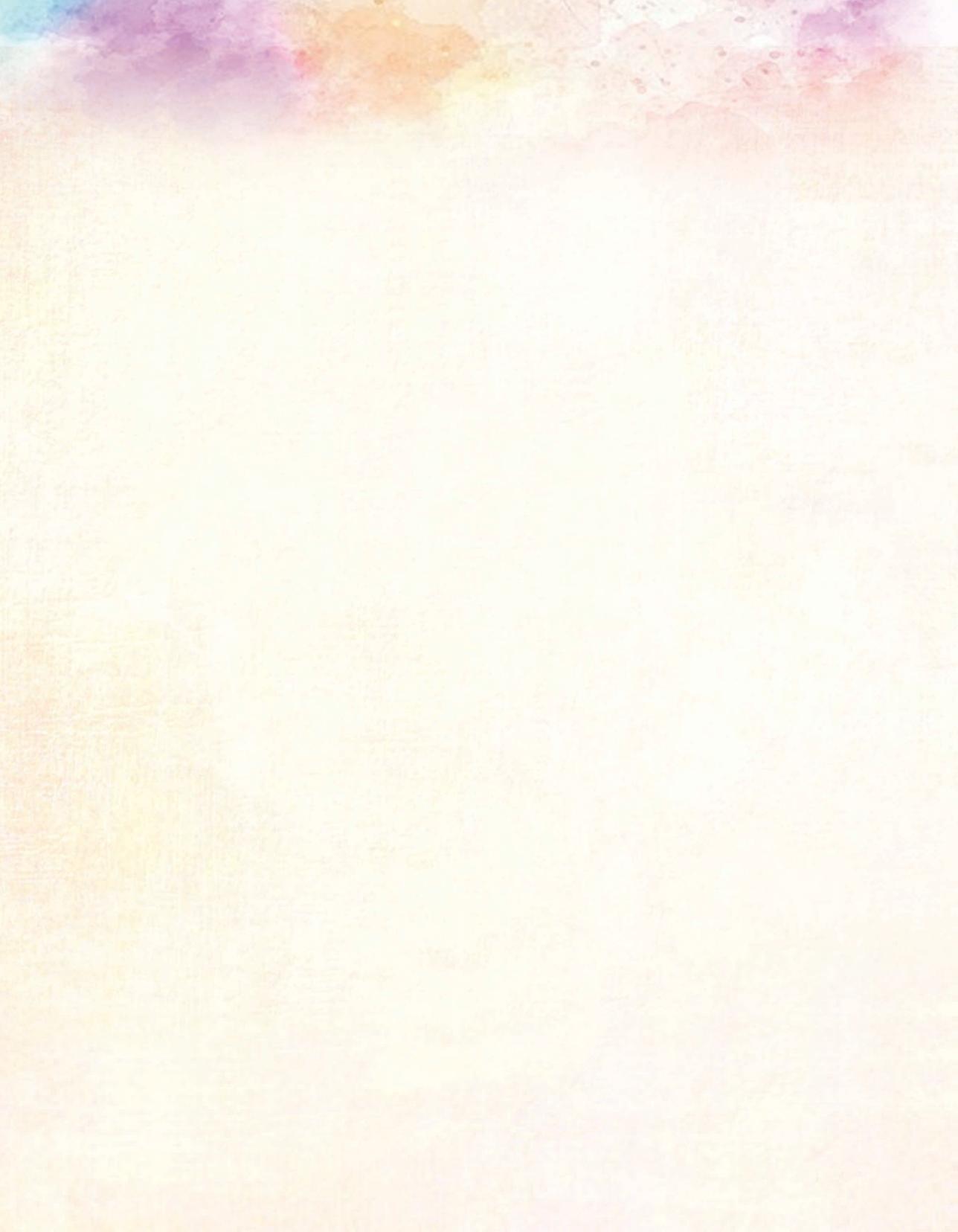
# Índice

Cómo los shipibo le quitaron la candela a Yoashiko Inca .....	7
El gigante iwa y machín, el mono blanco .....	11
El jaguar y la mujer valiente .....	15
La creación del mundo .....	19
Inun Rara el antepasado del tigre .....	22
El motelo y la sachavaca.....	26
Kumpanamá creó la Tierra .....	29
La leyenda del guerrero jaguar wenonga meñe .....	34
Dos perros se transforman en trueno.....	38
Viva la naturaleza.....	43
El camello y el chacal.....	47
El oso comegente.....	49
El espíritu del bosque.....	52
Añuje, el sembrador del bosque .....	55
El mono y la hormiga.....	60
El pequeño espantapájaros y la luna buena.....	63



La guerra de los animales .....	66
El renaco y el espíritu del hombre del bosque.....	74
El ayaymaman busca a su madre en el bosque .....	77
Pandu Balthasar Hualinga.....	82
Los españoles matan a nuestro Ingaray.....	84
Habla la ayahuasca.....	87
El Padre Aguaje .....	90
El pájaro carpintero .....	93
Peripicias de un ozesno.....	99
El origen de las estrellas.....	103
El chullachaqui, dios ecológico del bosque.....	108
Cuento del churi .....	114
El hombre que se convirtió en boa .....	116
La mujer que vino del cielo .....	122
Luna y el ayaimama.....	125
El Dios Cashiri y el origen de la yuca .....	129
Nugkui.....	137
La casa de los diablos .....	145
El exterminio de los viejos .....	151
La Yacu Mama .....	155





# Cómo los shipibo le quitaron la candela a Yoashiko Inca

En tiempos pasados los hombres shipibo vivían a la orilla del río o de la cocha; ese era siempre su lugar favorito. En ese entonces, cuando cazaban pescado, no tenían cuchillo; lo hacían de caña y lo afilaban bonito, y con eso destripaban los peces. La piedra también la utilizaban. Tampoco tenían candela; por eso, cuando ya tenían sus peces cazados, los ponían al sol para poder comerlos. El sol también era un poco bajo; dicen, en ese tiempo, no era tan alto. Y en la chacra no tenían casi nada para comer con el pescado.

Los shipibos vivían al lado de Yoashiko Inca, casi convivían con él. Era un inca mezquino; cuando los hombres le pedían palo de yuca para sembrar, Yoashiko le cortaba su yema y les daba así para que no crezca, y no crecía; y cuando le pedían maíz, les daba tostado. No les enseñaba nada.

Yoashiko tenía en su casa un perico que estaba criando su mujer. En ese tiempo, el perico tenía su pico largo; él veía que en su chacra Yoashiko tenía sembradas guayabas, guabas y otras frutas, y miraba a los niños que subían al árbol de guabas y las cogían. Yoashiko les espantaba, diciendo: “¡Joo, joo, joo!”, como un animal. “¡Los monos y guasas están cogiendo mi guaba!”, exclamaba. Y al momento los niños se convertían en diferentes clases de monos. Todo eso veía el lorito.





TRAVEL

Cuando se iban los hombres shipibo a pescar cerca de su casa, Yoashiko les ponía a algunos un pañuelo rojo en el cuello diciendo: “¡Joo, joo, joo, las aves están terminando los peces de la cocha!”. Y, al instante, ellos se convertían en toyuyo y garza blanca.

Cuando el lorito le pedía comida, la mujer de Yoashiko siempre le daba duro, le maltrataba. Entonces, de tanto maltrato, pensó: “Voy a ayudar a los hombres, voy a llevarles candela para que puedan cocinar”. Un día, la mujer estaba barriendo en su patio, y el perico le pidió comida, quejándose de hambre como hacen los pajaritos. La mujer le dio un escobazo diciendo: “¡Fuera, molesto!”. Él aprovechó; en un descuido agarró un poco de candela de su dueño y salió volando. Yoashiko se dio cuenta cuando ya estaba el perico arriba con la candela, volando. Se la quiso quitar, pero ya era difícil porque el perico se iba hacia un palo seco, grande, que se llama shiwawaco, para poner allí el tizón para que arda. En eso, Yoashiko dijo: “Voy a hacer llover”, y en ese momento tronó, y él hizo caer la lluvia bien fuerte, con ventarrón que venía de un lado hacia otro, para tratar de apagar el fuego. Entonces, viendo que iba a apagarse la candela, el lorito llamó a otras aves. En ese instante se dio cuenta de que su pico, que era bien largo, ya casi se había acabado: se había quemado mientras agarraba la candela. Ahora era chiquito.

Vinieron el gallinazo, el vacamuchacho, el buitro, la pava y el trompetero para cubrir la candela con sus alas, y cuando venía el ventarrón por un lado, ponían sus alas de ese mismo lado. Al tapar con sus alas, protegiendo la candela contra la lluvia, se pusieron todos bien negritos de humo. Sus plumas quedaron así, negras, cuando pasó la lluvia; por eso todas ellas son aves de color negro.

Mientras tanto, ya el fuego estaba ardiendo con una llama inmensa, y de allí, de ese palo seco, cayeron tizones grandes. Aprovecharon



los hombres para recoger la candela, y así pudieron asar su pescado y cocinar su comida. Y hasta ahora tienen candela.

Otro día, los hombres le pidieron a Yoashiko que les enseñe a cazar con flecha. Yoashiko aceptó rápido; les trajo izana sin punta y les enseñó así a cazar. Él tenía varias flechas con punta de chonta, pero no les daba. Entonces, uno de ellos, al ver que les mezquinaba, fingiendo que estaba aprendiendo a cazar, le robó una y le apuntó con ella. Así pudo atravesar todo su cuerpo con la flecha. De esta manera mataron a Yoashiko, porque mucho maltrataba a la gente. Después, le destriparon, le abrieron la barriga y le sacaron su hiel. En ese momento llegó uno de sus hijos y preguntó: “¿Quién ha sacado la hiel de mi padre?”. Uno de los shipibos había escondido la hiel en su boca, y por eso no podía hablar; así el hijo se dio cuenta quién había sido y le cacheteó, haciéndola saltar de su boca. La bolsa de hiel se chorreó, se manchó todo su cuerpo del hombre y se convirtió en un pajarito bien bonito de color verde azulito, que se llama jöri y vive en la montaña alta. Los otros shipibos se pintaron con la sangre y con la grasa de Yoashiko Inca y se convirtieron en guacamayos de colores; por eso es que hay guacamayos de color azul, colorados y amarillos. ¡Cuántos tipos de loro habrá...! Mi abuelita Rabihabë me contó que todas son personas convertidas.

Después que mataron a Yoashiko Inca, otro inca más bueno, Josho Inca, enseñó a los shipibos a hacer muchas cosas: su vestimenta en telar, sus diseños, sus vasijas. Pero le mataron; es por eso que nosotros ya no hemos aprendido más cosas, dice mi abuelita.

Relato shipibo adaptado del libro *El ojo que cuenta, mitos y costumbres de la Amazonía indígena*.

Bawan Jisbë / Elena Valera



# El gigante Iwa y Machín, el mono blanco

**A**ntiguamente el gigante Iwa comía gente. Exterminaba a los aguarunas y huambisas del Alto Marañón. Nadie podía con él. Y entonces Machín, el travieso mono blanco, quiso salvar a los aguarunas y huambisas. Al Machín siempre le gusta hacer bromas. Un día Machín se fue al interior del bosque y junto a un barranco profundo sembró un árbol de yaásu cerca del camino por donde todos los días pasaba el gigante Iwa.

Pronto creció el árbol y maduraron sus frutos. Otros aguarunas cuentan que Machín sopló o escupió a un árbol del monte cualquiera, y ese árbol se convirtió en caimito cargado de frutos. Cuando Iwa se acercaba por la trocha, Machín se subió al árbol y lo llamó diciendo:

—Oye, compadre Iwa, detente un rato y ven a gustar estos frutos de caimito, que son muy sabrosos. Son más sabrosos que la carne de los aguarunas y huambisas que tú acostumbras comer.

Como Iwa no podía pasar, pues le separaba un barranco, dijo:

—¿Por dónde paso, Machín?

—Espérame ahí, no te muevas, que te voy a llevar unas frutas de caimito para que pruebes.

Y diciendo esto, Machín, el mono blanco, se descolgó por un bejuco que colgaba del árbol y de unos cuantos saltos llegó a donde estaba Iwa.





—Toma, come caimito —dijo Machín.

A Iwa le agradó la fruta, dijo:

—Está buena. Dame más caimito para mí y mi familia.

—Sube tú mismo a cogerlo —dijo Machín con malicia. Pero Iwa respondió:

—Yo no puedo subir arriba. —Mira, llévate estos pocos frutos de caimito para que des a probar a tu mujer y a tus hijos, y mañana te vienes con tu familia a llevarte todos los que quieras. Tráete bastantes canastas para que te las lleves llenas. Mientras tanto, yo mismo voy a prepararte un buen puente para que puedan tú y tu familia pasar este barranco y subir al árbol sin dificultad.

Apenas se hubo ido el gigante Iwa a avisar a su familia, Machín preparó un puente de bejucos y lianas que atravesaba el barranco.

Abajo corría entre peñascos una quebrada de aguas transparentes de color sangre llamada Numpatken. Al día siguiente, desde muy temprano, Machín, el travieso mono blanco, tenía todo preparado, y estaba bien alegre saltando y esperando que llegase el gigante Iwa.

Por fin apareció al otro lado del barranco con toda su familia. Cada uno traía colgando a su espalda una canasta de tamshi.

—Compadre, dame permiso; vengo a llevar caimito con mi mujer y con todos mis hijos. ¿Ya preparaste el puente? —Así habló Iwa.

Machín le contestó:

—Sí, ya está listo. Yo voy a probarlo para que veas que es resistente. —Y diciendo así corriendo y saltando Machín pasó el puentecillo



sin dificultad. Lo probó tanteándolo todo y dijo:

—Está bueno, compadre. Puedes pasar sin dificultad. Cuando llegas al medio me avisas.

Entonces el gigantesco Iwa comenzó a pasar el puente de bejucos y lianas. Su mujer y sus hijos iban detrás llevando sus canastas. Iwa, al llegar al centro, dijo:

—¡Ya estamos en medio del puente! ¡Ya llegamos! Entonces, Machín pasó la voz a unas ardillas que tenía avisadas de antemano para que royeran los bejucos y lianas. Las ardillas kunám y waiwásh, y las pequeñas ardillas wichin, aserraban con sus muelas los bejucos y lianas del puente. Rápidamente quedó trozado, el puente se desplomó y todos los Iwa se precipitaron al barranco. Los Iwa, al caer, chocaron contra los peñascos de la torrentosa quebrada y murieron hechos pedazos.

Para asegurarse de la muerte de todos, el mono blanco Machín se bajó del árbol del caimito con cuidado y con un palo fracturó las cabezas de los Iwas muertos. Después buscando encontró al gigante Iwa y le sacó los sesos, y Machín se los puso en su cabeza. Desde entonces el mono blanco tiene la cabeza grande y piensa como gente.

Machín se marchó llorando a grandes gritos. Por gusto lloraba y fingía como que estaba triste y asustado porque temía que alguno de la familia Iwa hubiese sobrevivido y le culpase de la muerte del gigante Iwa y de su numerosa familia. Pero todos estaban bien muertos, y él, Machín, el mono blanco del Alto Marañón, era el único realmente vivo.

Tradición oral aguaruna



# El jaguar y la mujer valiente

Un hombre fue a cazar con su esposa al monte. Se internaron allí. Ellos tenían un bebé. El hombre después de cazar todo el día llegó cansado, mientras que su esposa había recogido bambú seco para leña y había visto huellas del jaguar. Cuando le comentó de esto a su esposo él no le dio importancia y se acostó temprano.

Esa noche, la mujer no pudo dormir, prendió el fogón y cuidaba a su bebé. En eso vio al jaguar y le dijo a su esposo:

—Hay un jaguar, no sé qué animal es realmente.

—Debe ser cualquier cosa —le respondió su esposo.

—Hay un jaguar, ¡despierta!, hay un jaguar.

—¿Qué? Debe ser un tigrillo —le dijo.

—Hay un jaguar.

—¿Qué? Debe ser un añuje —le decía su esposo.

La mujer ahuyentó al jaguar. Le quemó los pies a su marido para que se despertara, pero no se levantaba; él seguía durmiendo. De ahí la mujer lloró desesperada.





—El jaguar nos va a comer, despiértate —le decía.

Nuevamente ahuyentó al jaguar. Le pellizcaba, le mordía, le quemaba a su marido para que se levantara, pero todo fue en vano, el hombre seguía durmiendo; parecía estar muerto.

Cerca había un árbol grande, tenía muchas ramas. La mujer pensó subir a ese árbol; alistó sus cosas, puso al bebé en su kusipe, prendió más fogón y subió al árbol. El jaguar esperó que terminara de quemarse toda la paca, después orinó al fuego. Mató al hombre y lo comió. Comenzó por su cabeza, siguió con el pecho y sus tripas.

Al ver esto, la mujer lloró y pensó que sería la próxima víctima. El jaguar iba a tomar agua y retornaba rápidamente.

La pobre mujer llorando dijo:

—Yo te dije que te despertarás, yo sabía que esto iba a terminar así. ¿Por qué no me hiciste caso?

Ya era mediodía. “A qué hora se irá el jaguar”, pensaba la mujer. El jaguar miraba a la mujer como diciendo “también te comeré. Después que terminó de comer a su esposo, se echó debajo del árbol donde había subido la mujer. Desde el árbol la mujer desató al bebé de su kusipe. El niño no lloraba. Le arrojó una hoja de su kusipe al jaguar para ver si realmente estaba dormido; el jaguar se despertó y masticó la hoja. La mujer intentó varias veces, pero se terminaron las tres hojas del kusipe; entonces, por último, le arrojó la última parte del kusipe, elaborado con topa. El jaguar no se despertó. En eso la mujer aprovechó la ocasión y bajó del árbol, saltó de puntillas y corrió.



Cargaba a su bebé, pero su falda de llanchama no le dejaba correr. Se quitó todo y corrió desnuda. Cuando ya estaba cerca de su casa, pasó un colibrí. Eso indicaba que el jaguar estaba muy cerca. La mujer corrió sin importarle que sus hermanos estén allí.

El jaguar la había seguido y la hubiera matado si no hubiese sido por su ropa que había dejado. El jaguar se quedó masticando su ropa, por eso se demoró. Gracias a eso se salvó la mujer.

Cuando la mujer ya estaba en el patio para entrar a su casa, las garras del jaguar solo cogieron su espalda. La mujer llegó desnuda ante sus hermanos; ellos se encontraban elaborando flechas. La mujer les contó que el jaguar había comido a su esposo. Sus hermanos buscaron al jaguar para vengar la muerte del pobre hombre, pero no lo encontraron.

Yesica Patiachi Tayori



# La creación del mundo

Esto sucedió así: en un tiempo existió un ser del que nadie hasta el día de hoy conoce el origen. Un ser formado de la nada. No se sabe si nació de alguien o se formó por su cuenta. Se llama Mépiivyej Niimúhe, Dios creador del mundo. Al principio, Mépiivyej Niimúhe no sabía dónde se encontraba. Él existía cuando no había Tierra, ni luz, ni día, solamente había agua y aire. Eso era todo. Entonces, como él era poderoso, mandó que existieran todas esas cosas que conocemos ahora.

Como era Dios, formaba todas las cosas como debían ser. Nuestros antepasados cuentan que Mépiivyej Niimúhe empezó a trabajar formando la Tierra. Esta era pequeña, tan pequeña como el caparazón del cangrejo. Con su propio poder, mandaba que la Tierra vaya creciendo poco a poco.

A esta Tierra la llamó Mépiivyej iñúj, que quiere decir “tierra donde muchos nacen”, “donde nosotros nacemos” o “donde nos hemos creado”. Sobre esta Tierra, él formó el tabaco, que era tan pequeñito que se encontraba solo en el suelo; la hoja del tabaco era como la escama de un pecesito, no se sabía si iba a crecer o si iba a morir. Este tabaco representaba al hombre. A su costado creció otra planta de tabaco que simbolizaba a los animales. Estas dos plantas de tabaco iban creciendo poco a poco. A medida que la Tierra se iba



agrandando, estas se desarrollaban. Así se iban formando las montañas, las plantas y los árboles frutales.

Pero había un solo árbol para alimentar, se llamaba el árbol de la vida. Este árbol tenía todos los frutos que se hicieron para comer. Al mismo tiempo, Mépiivyej Niimúhe, Dios creador del mundo, juntó la tierra con el agua y modeló los peces. Cuando formó la Tierra, creó toda clase de plantas, árboles, animales, aves e insectos.

Él veía que todas las cosas que había constituido estaban bien hechas. Mépiivyej Niimúhe se dio cuenta de que no había luz y no existía el día. Él dijo que en nombre de la chicharra se hiciera la luz y el Sol. Al instante la luz comenzó a iluminar la Tierra de tal manera que ya se podía observar nítidamente los animales, peces y toda clase de plantas comestibles.

Viendo todo esto, Mépiivyej Niimúhe dijo:

—Como ya he creado estos elementos: tierra, árboles, animales, agua, quizá sería bueno formar también a un ser como yo, a mi imagen y semejanza. Este ser se beneficiará de todas las cosas que he creado.

Entonces Mépiivyej Niimúhe, Dios creador del mundo, formó al hombre, y, después de crearlo, sopló sobre las hojas de la planta de tabaco que representaba a la gente. Él hizo al hombre frotando los palos de tabaco y lo llamó Meóóvete Niimúhe, padre de todos los alimentos.

Así sucedió.

Tradición oral bora





## Inun Rara, el antepasado del tigre

**D**icen que el antepasado del tigre estaba acabando con nuestros antepasados. Así me contó mi papá. Dicen que ese era un tigre hombre. Aunque los hombres eran bien grandes, ese antepasado del tigre estaba matando a toda la gente, pero la gente no se vengaba de él.

Aunque la gente cerraba sus puertas y tapaba sus casas, ese tigre ya los estaba acabando, pero los viejos no se vengaban de él, y más bien estaban pensativos.

Cuando ese tigre ya estaba acabando con la gente casi por completo, nuestros antepasados dijeron: “No puede ser así, ese hombre tigre está acabando con nuestros abuelos”, y dietaron e hicieron sus flechas.

Nuestros antepasados no se apuraron y no hicieron las cosas de un momento a otro, sino que dietaron y más bien pensaron: “La gente se está acabando. Por eso, para matar a ese tigre, hay que preparar nuestro pijuayo”.

Así conversaron y prepararon sus flechas, dietando. Después de dietar, dijeron: “Está bien, hemos hecho nuestras flechas de pijuayo.”





Podemos matar al tigre. La gente se está acabando ya casi completamente. Hay que matarlo” —y se fueron a matar a ese antepasado del tigre.

En un lugar alto, se sentaron a esperarlo. Esperando y preguntándose por dónde podría venir, vieron que venía de por abajo, que estaba subiendo. El tigre venía delante y su mujer detrás. “Ven por acá, unkin kiru unkin. Ven por acá, unkin kiru unkin”, le decía el tigre.

El tigre venía hablando, y cuando nuestros antepasados vieron que se acercaba, dijeron: “Ahí viene. Como es así, grande como gente, está acabando con nuestros paisanos. No es tigre, es hombre tigre”. Así pensaron los hombres.

“Que se acerque por acá”, decían y se quedaron a esperarlo. Viendo que ya estaba llegando, le apuntaron con sus flechas y lo mataron.

Mientras nuestros antepasados se iban con el tigre, la mujer del tigre se escapó. Matándolo, nuestros viejos terminaron con el que los estaba acabando. Pero primero han pensado bien y después lo han matado. Después la gente ya estaba contenta y pensaba bien.

Nuestros parientes mataron al tigre, sin apurarse. Así me contó mi papá. Por eso, dicen que por allá, por el río Guayabal, bien adentro, todavía quedan las crías de ese tigre hombre. Diciéndome “de eso



no hay que descuidarse” me contaron. Por allá adentro está la cría de ese tigre hombre.

Explicándome que ese tigre era bien bravo, siempre me contaban mis abuelos y mi papá esta historia. Así dicen que nuestros abuelos mataron al tigre.

Relato kakataibo



# El motelo y la sachavaca

Era época de lluvias, y los frutos de huito maduraban. Muchos animales de la selva se alimentan de este fruto cuando caía al suelo.

Un día el motelo pasaba cerca del árbol de huito, y cuando vio los frutos caídos, se quedó disfrutando de un rico banquete. En eso llegó la sachavaca, quien también venía a comer huito. Al ver al motelo se acercó a él y le dijo.

—¿A qué vienes tú?, te orinaría en tu boca.

—No te atreves, no lo harás.

—Sí puedo, ahora te voy a orinar.

—Vamos, hazlo —le dijo el motelo.

—Mejor no, no vale la pena.

Insistió tanto el motelo, que la sachavaca le orinó en su boca. En ese instante el motelo aprovechó para morderle su pene.

—Suéltame, suéltame, suéltame ya —le dijo la sachavaca.

—No te soltaré.





—Suéltame ahora, te digo que me sueltes.

—Yo te suelto si primero me das una vuelta por el monte. Solo así te

—Sí, te prometo que después de esta vuelta te suelto.

La sachavaca dio otra vuelta por el monte, y le dijo al motelo que lo soltara, pero el motelo le pedía que le diera muchas vueltas más. La sachavaca siguió corriendo, pero no resistió más y murió.

Un joven que no era un buen cazador caminaba por allí, y al ver a la sachavaca muerta pensó que era la ocasión perfecta para decirle a la gente que esta vez había matado a una sachavaca. Entonces fue corriendo a comunicar a la gente. Las personas no le creyeron, pero el muchacho insistió que él había logrado matar a una enorme sachavaca, y pidió que le ayudaran a cargar para compartirlo con todos.

La gente le ayudó cargando a la sachavaca. Las mujeres se encargaron de trozar la carne. El falso mitayero estaba muy contento. Los niños ayudaron a repartir la carne. Algunas mujeres hicieron ahumado, otras cocinaron y sirvieron en hojas de bijao acompañados con yuca y plátano. Todos comieron felices. El joven no se olvidó del motelo: le dio las vísceras y el excremento y disfrutó también del banquete.

Yesica Patiachi Tayori



# Kumpanamá creó la Tierra

Los viejos antiguos cuentan que Kumpanamá, desde tiempos muy antiguos, vivía en este mundo. Así era antes de que existiera el suelo, la tierra. En ese entonces él caminaba sobre el mundo del agua, exploraba y reconocía el agua. Después de mucho tiempo de haber caminado de esa manera pensó:

—No está bien que solo haya agua, voy a colocar tierra. Una vez que haya tierra también pondré árboles, peces, pájaros, los que tienen patas y las personas para que vivan en ella y se reproduzcan. —así pensó Kumpanamá.

Entonces, Kumpanamá se paró en medio del agua y juntó diferentes colores de espuma de agua: roja, negruzca, amarilla, amarilla clara, rosada. Luego de juntar esa espuma la sopló. Al soplar Kumpanamá iba haciendo la tierra, en diferentes y grandes espacios que se fueron solidificando, formando los diferentes colores de suelos de tierra y piedras.

Así es como se formó la tierra en este mundo, distribuida en sus distintas partes. Sin embargo, el suelo que se formó era todo liso, no había una sola planta que creciera en él.





Después de hacer la tierra, Kumpanamá la exploró por mucho tiempo y pensó:

—No está bien que esta tierra esté toda lisa; pondré árboles.

Pensando así agarró tierras de diferentes colores, las que él había convertido, y, como quien iba caminando, las iba soplando. Así Kumpanamá hizo crecer los diferentes árboles que hoy existen. Los árboles fueron formados según los colores de la tierra. Kumpanamá, solo con su pensamiento, hacía crecer los árboles. De la tierra roja hizo los árboles rojizos; de la negra, los de madera negruzca; de la tierra suave, los árboles suaves; de las piedras, los shungos fuertes. De esta manera hizo crecer toda clase de árboles que hay en este mundo. Después les puso sus nombres.

Allí vivió Kumpanamá por mucho tiempo, explorando todos los lugares, hasta que pensó:

—Han crecido cantidad de árboles y no hay nadie que los cuide. Voy a hacer personas para que haya alguien que los cuide.

Entonces nuevamente amasó tierra, tierras bonitas; amasó tierra roja, blanca y negra, y con ellas moldeó las formas de las personas y las dejó que se solidificuen. Cuando se secaron les dio un soplo. Así los moldes se fueron transformando y de cada uno surgió una persona.



La gente fue formada con tierra de distintos colores, por eso, hoy en día algunas personas son más claras y otras más oscuras. Después de hacer a las personas, Kumpanamá les conversó:

—Cuiden ustedes todo esto que he hecho —les dijo.

Después de eso, Kumpanamá nuevamente pensó:

—En este mundo no hay nada que dé vida, es como si la gente no tuviera corazón.

Después de mucho pensar, Kumpanamá decidió:

—Bueno, ahora voy a poner toda clase de animales y plantas.

Diciendo así, de la misma tierra hizo a la sachavaca, huangana, venado, sajino y toda clase de animales y aves. También hizo toda clase de plantas y otros animales que sirvan para que las personas coman.

Habiendo hecho los animales y plantas, dispuso para que la gente los coma y pueda vivir de ellos. Así, una vez que realizó todo lo que pensó, reuniéndose con las personas les dijo:

—Todo lo que he hecho en este mundo es para que ustedes puedan existir en él. Coman y vivan de los animales y plantas que he formado, pero de esos que no sean buenos no coman; aliméntense solo de lo que es bueno y vivan de eso. A todo lo que he hecho en esta tierra llámenle ihsuru'te, “este mundo”.



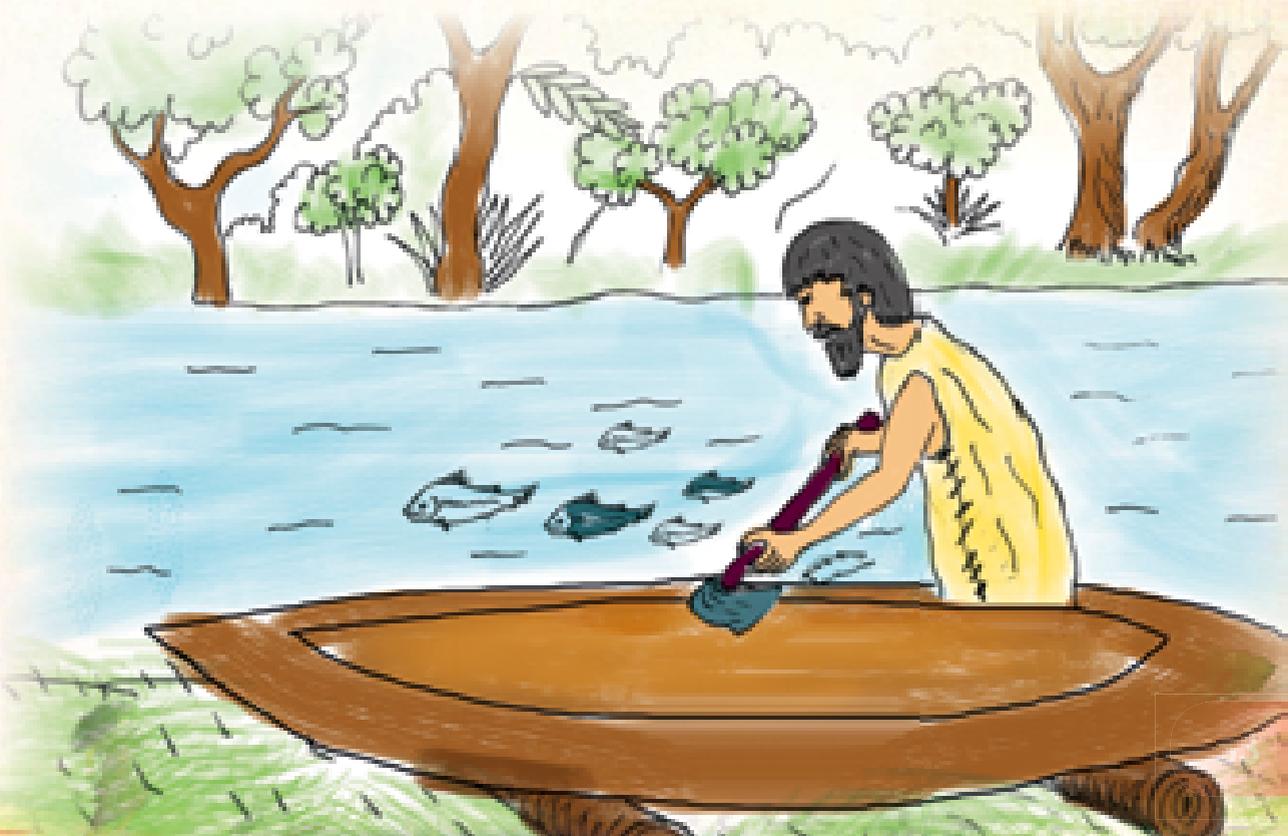
Una vez hecho todo esto y habiendo conversado con la gente, Kumpanamá se fue.

Desde entonces los viejos cuentan:

—Kumpanamá nos hizo de diferentes colores de la tierra, por eso nosotros somos diferentes unos de otros. Existimos diferentes pueblos. Lo mismo ocurre con los árboles y los animales, por eso existen especies y variedades diferentes. Por haber sido creados de la tierra, después, cuando nos morimos, en esa misma tierra nos volvemos a transformar.

Domingo Lancha Chanchari

Rubén Chanchari Rojas



# La leyenda del guerrero jaguar wenonga meñe

Se cuenta que una vez la anaconda estaba recibiendo sol en una playa muy grande, cuando apareció un águila que la aprisionó entre sus garras. La anaconda, entonces, intentó escapar sin lograrlo, pero el águila la destrozó y partió por la mitad. De la parte superior de la cabeza salieron las mujeres, y de la cola los hombres que formaron el pueblo wao.

Para poder vivir, utilizaban trozos de piedra y palos para defenderse. Se alimentaban de animales, aves y peces crudos. Más tarde, empezaron a construir sus casas y a fabricar herramientas.

Obtuvieron fuego frotando unas piedras contra otras e idearon la manera de utilizar ramas de arbustos huequeados para poder soplar a través de ellos y cazar las aves que veían.

Con el tiempo, la población aumentó, las familias crecieron y empezaron a separarse. Muchas familias tomaron rutas distintas, dirigiéndose a lugares diferentes. Pasaron algunos años, y se volvieron a encontrar, pero esta vez hubo guerras entre ellos. La lucha fue con piedras y estacas de madera. Murió mucha gente, y solo sobrevivieron los más fuertes. Entre ellos, había una familia que no era muy hábil para la guerra. Ella huyó muy lejos, y sus tres hijos varones construyeron una casa en la selva. Estos waos aprendieron a usar la



piel del tapir para protegerse de los agresores. Mataban al animal, obtenían su piel, y, después de secarla, la usaban para dormir, cubriéndose el pecho para protegerse de ataques.

El padre de los jóvenes soñó una noche que los rivales los atacaban, y entonces, al amanecer, reunió a sus hijos y a su mujer y les comentó el sueño. Ellos preguntaron: “¿Por qué no buscas un tapir, haces un hueco profundo y lo cubres con las hojas? Al cruzar por el camino caerá fácilmente el animal”. Al escuchar eso, el padre dijo: “Iré a buscar el camino”. Y así, se fue a la selva en busca del tapir. Más tarde, encontró unas huellas muy frescas y comenzó a cavar. La mujer le preguntó si había encontrado el camino, y él le respondió: “Encontré huellas muy frescas y el camino; por la mañana iré a terminar mi trabajo para atrapar al animal”.

Por la noche descansó, y en la madrugada del día siguiente se despidió de su familia, salió a asegurar la trampa y comenzó a cavar. En un descuido, se derrumbó un pedazo de tierra y cayó. Mientras caía, gritaba sin poder detenerse y, repentinamente, se transformó en una lora que, volando, logró pararse en un árbol. Después de pisar el suelo, se transformó en una persona nuevamente. Su padre, que ya había muerto, le preguntó: “Estás muerto, ¿quién te mató? Mis nietos huyeron y están vivos”. El hijo le respondió: “No estoy muerto; tuve que salir a vivir muy lejos con mi mujer y mis tres hijos que están en la casa”. Le explicó luego en detalle cómo había llegado hasta ese lugar.

Viendo los tres hijos que su padre no llegaba, salieron a buscarle. Siguieron el camino por donde se había ido, y solo encontraron una excavación muy profunda que no tenía fin. Preocupados, regresaron a su casa, pensando que habían perdido a su padre.



Los otros padres que habían muerto en la guerra se habían convertido en jaguares, y fueron ellos los que se llevaron al padre de los jóvenes que no murió al caer. El rey demonio Wene no quiso dejarle vivo, así que los padres-jaguar le salvaron llevándole muy adentro en la selva, que estaba llena de espíritus. Ahí vio a muchas de las personas que habían muerto. Entonces preguntó: “¿Saben si todos ellos murieron antes?”. Y uno respondió: “Cuando alguien muere, el cuerpo se queda en la tumba, pero el alma sigue caminando como yo”.

En la selva había muchos jaguares que querían comerle al padre-jaguar, y otros se sentaron detrás de un árbol gigante, y, arrojándose frente a él, le golpearon el pecho hasta transformarle en un bebé jaguar, que fue llevado muy lejos donde todos le cuidaron. El niño demoró meses en crecer. Fue alimentado solamente con hígado y corazón de tapir mientras se iba cubriendo de lana y le iban creciendo los colmillos.

Pasaron los años y se hizo hombre-jaguar. Le habían enseñado a cazar animales mientras él extrañaba a sus hijos y a su esposa. Un día le dijo a su padre: “Dejé a mi familia, y a lo mejor ya estará muerta, pues ellos se quedaron en una parte muy escondida de la selva”. “Puedes irte en este momento”, dijo el padre-jaguar. “Eres un buen guerrero para defenderte del enemigo”. “Papá, vamos todos juntos, tienes a tus tres nietos en la casa”, respondió él. “No podemos ir. A nosotros no nos corresponde el lugar al que tú vas. Estamos muertos, pero tú sí debes regresar con tu familia”, continuó. Entonces se despidieron y tomó el camino hacia su casa, recordando lo que había sucedido.



En el camino, los hijos y su esposa lo vieron y corrieron a abrazarlo. A su regreso, después de muchos años, vio que todo había cambiado y que ahora cada hijo tenía su propio hogar.

El padre llevaba cuatro lanzas muy blancas, pero no sabían que era un jaguar. Todos estaban alegres de verlo de nuevo y le preguntaron: “¿Te perdiste en la selva muchos años y cómo pudiste sobrevivir?”. “Los reyes de la selva me protegieron y me entrenaron para enfrentar al enemigo”, dijo, prohibiéndoles tocar las lanzas. De nuevo fue feliz con su familia. Pasó mucho tiempo y no sucedía nada. Hasta que un día, salió a limpiar su sembrío de yuca, advirtiéndole a sus hijos que no tocaran las lanzas mientras regresaba del trabajo.

Philip Gondecki e Irma Fabián Nenquimo



## Dos perros se transforman en trueno

**E**n tiempos antiguos, dos niños se habían perdido en el monte, un varón y una niña. Después de caminar bastante, salieron a un lugar donde vivía una persona llamada Rey. Por miedo a él, los niños se estaban acercando a mirar desde el canto de la casa. Allí fueron encontrados por el hijo de Rey y fueron llevados a casa del malvado.

Después de mucho tiempo, estando así en el monte, la ropa de los niños había empezado a pudrirse. Rey les cambió con ropas nuevas y les dijo:

—No se retiren de esta casa porque yo necesito personas que me ayuden.

Luego le dio un perro a cada niño; a uno le llamaron Rayo y al otro, Trueno. Estos fueron los nombres que les pusieron sus dueños.

En esa casa, los niños vivían bien y trabajaban. Todos los días trabajaban duro. Así vivían mucho tiempo. Mientras tanto el niño ya se hizo joven y la niña se hizo señorita.

Llegados a esa edad el jefe los hacía trabajar cada vez más, cada vez más duro. Día y noche los hacía trabajar, no quería que tomaran ni un descanso.

Entonces un día que habían ido a traer leña, el joven conversó con su hermana:



—Nuestro jefe no quiere que descansemos nada —cuando así hablaban, de pronto, se les apareció el pájaro chicua, que les dijo:

—El jefe los quiere matar a ustedes. Váyanse ahorita, escápanse.

Cuando la chicua dijo eso, el hermano respondió:

—Vamos pues, escapémonos —le dijo a su hermana, pero ella no quería:

—Si nos escapamos el jefe nos va a buscar y nos va a matar de todas maneras —le dijo.

Entonces el hermano hombre le respondió:

—Entonces tú quédate, pero yo me voy a ir —y diciéndole así agarró el perro que había criado y se escapó.

La joven se quedó preocupada. En la tarde, Rey llegó y le preguntó: —¿Dónde se ha ido tu hermano?

—No sé, no lo he visto, adónde se habrá ido.

Rey se molestó mucho y le dijo:

—Entonces búscalo para mañana mismo; si no lo encuentras a ti te voy a matar.

Cuando le dijo así, la jovencita se quedó muy preocupada. Entonces cuando amaneció agarró a su perro y ella también se escapó. Se fue siguiendo las huellas del perro de su hermano. Pasó bastantes días caminando con su perro hasta que llegó a un lugar donde vivía otro “Rey” que salió a recibirla.

Entró en la casa de Rey y allí encontró a su hermano. Entonces la joven recobró sus ánimos. Ese Rey los trató bien y les dijo de buena manera:



—Pasen, por favor, vivan en esta casa.

Como los trataron bien, los dos hermanos con sus perros se quedaron a vivir con ese Rey. Vivieron allí por mucho tiempo.

Como el joven era buen trabajador, el Rey le entregó a su hija en matrimonio. Una vez casados también le dio una casa bonita para que vivan. En esa casa también invitaron a la hermana del joven para que viva con ellos.

Mientras así estaban, la esposa del hermano se la pasaba ordenando a su cuñada. Mucho tiempo ya vivían con la hermana, y ella pensaba en su interior: “Qué es eso de que mi cuñada se las pase dándome órdenes; me iré a otra parte”. Pero aunque se lo decía a su hermano él no quería dejarla que se fuera. Entonces la mujer pensó:

—Ahora entonces tengo que matar a mi hermano. Por qué, pues, me va estar ordenando así.

En la noche, su cuñada le dijo:

—Anda y arregla el mosquitero de tu hermano. Y ella fue.

La joven, mientras iba arreglando la cama de su hermano, puso una aguja grande en medio de la sábana arreglada, para que su hermano se clave en la espalda y muera. Cuando su hermano tuvo ganas de acostarse entró a su dormitorio y al día siguiente ya no apareció. Su esposa entró a su dormitorio y lo encontró muerto. Al verlo, buscó en su cuerpo y vio que tenía una aguja grande clavada en medio de su espalda.

Pusieron el cadáver en un cajón y lo enterraron. Mientras tanto el perro lloraba por su dueño, y no se iba del cementerio. Ya estaba enterrado el hombre, pero su perro se siguió quedando en el cementerio. La gente empezó a retirarse. Entonces, los dos perros





empezaron a cavar hasta sacar el cajón. Lo desclavaron y sacaron el cadáver dejándolo boca abajo. Lo lamieron y le sacaron la aguja que estaba introducida en su cuerpo. Con estas lamidas, el joven empezó a recuperar la vida.

Luego de recuperar su vida, el hombre agradeció a sus perros diciéndoles:

—Si no fuera por ustedes yo ya estaría totalmente muerto.

En ese momento su señora había llegado del cementerio buscando a sus perros y dijo:

—¿Dónde están los perros?

Y cuando regresó al cementerio los encontró en medio del cementerio sentados junto a su marido. Se alegró mucho al ver a su marido vivo, lo agarró y lo llevó a su casa. Ya en la casa, la señora dio de comer a los perros, pero ellos no querían comer nada.

Al día siguiente, en la mañana llovió fuerte. Cuando la lluvia ya estaba pasando, las nubes se levantaron, y en ese momento los dos perros empezaron a corretear, y, viendo a su dueño, empezaron a llorar.

Luego salieron al patio y corrieron alrededor de la casa. Después se pusieron a correr a gran velocidad y se elevaron al espacio, donde estaba la lluvia. Ellos se transformaron, uno en rayo y el otro en trueno. Por eso, hoy en día, cuando los perros se molestan y ladran se escucha el trueno y se ven los rayos. Así dicen los abuelos y abuelas cuando nos cuentan.

Domingo Lancha Chanchari

Rubén Chanchari Rojas



# Viva la naturaleza

Como un largo bostezo de natura que despierta se escucha el eco de un trueno que anuncia una lejana tempestad. La luz del sol tímida hace notar su presencia rasgando lentamente el mando de la noche.

Los trinos musicales de las aves comunican que está llegando un nuevo día como una prueba irrefutable de que la vida continúa... Y qué feliz me siento en contacto directo con la belleza variopinta de las flores, aspirando el olor a tierra fresca, fértil, preñada de semillas que pronto han de poblar maizales, platanales, hermosos bosques, hermosas flores, frescos pastos y yerbas para alfombrar con variado verdor los olorosos campos.

Ha amanecido en Asauce, mi pueblo querido, enclavado entre montañas imponentes, cuyo precioso paisaje se engalana con su majestuosa laguna, que refleja la bóveda del cielo. Azul y cristalina, diáfana, inmensa como un gigantesco océano, sus orillas están custodiadas por diversidad de árboles, que como centinelas la protegen de la erosión. Hay mucha vida en ella, pues abundan los peces, sobre todo tilapias y paiches, que alimentan a la gente de mi pueblo.

Eran ya las seis de la mañana de aquel domingo. Don Salustiano, mi vecino, se había ofrecido a llevarme con él al monte para conocer el manantial donde se origina la quebrada Ojos, que junto con otras dos alimenta con sus frescas aguas la laguna. Me levanté presuroso



y fui a su casa. Él me esperaba ya, y me invitó a desayunar unas tilapias asadas acompañadas de un oloroso café.

Salimos pues, y al poco rato ascendíamos por el camino que nos alejaba poco a poco del pueblo. Habíamos caminado aproximadamente dos horas, cuando don Salustiano me pidió seguirlo por entre la maleza a la derecha del camino. Para abrirnos paso, tuvimos que usar nuestros machetes. Llegamos a un bosque de formidables y gigantescos árboles de los que colgaban gruesas lianas y pudimos ver infinidad de pájaros y escuchar sus variadísimos trinos. Bullicioso loros revoloteaban de un lado para otro. Muchos monitos retozaban también de rama en rama; preciosas orquídeas y otras flores exóticas de distintas variedades y colores se presentaban a nuestra admirada contemplación, juguetonas mariposas exhibían el mosaico variopinto de sus alas.

Avanzamos una hora más. De pronto escuchamos el murmullo de un torrente de agua y pudimos presenciar una quebrada cuyas aguas cristalinas se deslizaban entre pedrones y guijarros cuesta abajo. Ascendimos un poco por su curso y pronto estuvimos ante un espectáculo maravilloso iuna imponente catarata!

Levantamos la mirada, y quizás debido al ángulo de inclinación de la luz solar sobre los prismas cristalinos de las gotas de agua, se presentaba a nuestra vista un haz de luces multicolores como las del arco iris en la parte alta de la catarata.

Ascendimos un poco y caminamos por el monte una hora más. Llegamos a una inmensa roca rodeada de helechos y otras plantas silvestres, de cuyas entrañas como un inmenso surtidor afloraba un poderoso chorro de agua fría. Habíamos llegado al manantial donde nace la quebrada Ojos.



Nos bañamos en esas frescas aguas; luego, en una piedra grande y plana, nos sentamos a almorzar unos trozos de sajino con inguiris que llevamos de fiambre. Entretanto, don Salustiano me relataba una de las leyendas sobre el origen de ese manantial, pero el cansancio era tal que me quedé dormido, y tuve entonces una horrible pesadilla.

Soñé que me encontraba en un desierto, que los árboles verdes, vigorosos, se habían convertido en troncos esqueléticos y negros: no había más la catarata; no estaban ya las flores ni los trinos de las aves, tampoco las hermosas mariposas, no había la quebrada ni las orquídeas primorosas. Me rodeaban osamentas de distintos animales. No había más verdor, la tierra era gris y maloliente, y el cielo de un color indefinido. Corrí hacia el camino, llegué a la parte alta, dirigí la mirada a la laguna, y esta era ahora una inmensa pampa inerte. Nada se movía; parecía que era yo el único habitante.

No sé cuánto duró mi pesadilla. Sobresaltado me incorporé cuando don Salustiano, cogiéndome de un brazo, me invitaba a tomar el camino de regreso. Miré el entorno, y al contemplar otra vez tanta belleza, con todas las fuerzas de mis pulmones, grité lleno de gozo: ¡Viva la vida! ¡Viva la naturaleza!

Don Salustiano, sorprendido, me preguntó: “¿Qué te pasa, César? ¿A qué se debe tanto entusiasmo?”. Le conté mi sueño, y él, con la sabiduría de maestro cesante de la escuelita, me dijo: “Escucha, Cesar, si algún día los hombres destruyen estos árboles, se alejarán las lluvias; se secarán como soñaste las quebradas y la laguna; se secan los pastos y todas las plantas. Las vacas y todos los herbívoros morirán de hambre, y por falta de estos, los animales carnívoros también perecerán. No tendremos qué comer, todo será un desierto



y también nosotros moriremos. Tu sueño puede convertirse en realidad si no conservamos el equilibrio armonioso de la naturaleza.

Iniciamos el camino de regreso. Nos sorprendió la lluvia, de la que no quise esta vez guarecerme, y así empapado bendije feliz esa lluvia generosa. Quise abrazar los árboles y besar la tierra. Respiré el aire puro y perfumado del campo; las flores estaban más lozanas, los árboles muy erguidos como agradeciendo al cielo. ¡Todo era vida nuevamente ante mis ojos!

Llegamos al pueblo. Mi madre me esperaba en la cocina con una sopa caliente de picuro y el café más aromático y sabroso de mi vida.

Volvió a anochecer ...un nuevo día había transcurrido.

John César Quispe Flores



# El camello y el chacal

Una vez, un camello y un chacal vivían en la orilla de un río. Una mañana, el chacal le dijo al camello: “Hermano, hay una gran chacra de caña de azúcar. Llévame sobre tus espaldas y te enseñaré dónde está. Podrás comer toda la caña de azúcar que quieras y yo buscaré algunos cangrejos y peces en el río”.

La propuesta le agradó muchísimo al camello. Este cruzó el río llevando sobre su lomo al chacal, y continuaron la caminata de acuerdo a lo planeado. El camello encontró el cañaveral; el chacal, cangrejos.

Como el chacal era más pequeño, en menos tiempo se llenó de alimentos y dijo al camello: “Vámonos, yo ya he comido bastante”, pero el camello se enojó porque todavía no había comido lo suficiente.

El chacal pensaba cómo sacar del cañaveral al camello para llevárselo a casa, y ante la imposibilidad de lograr su propósito, empezó a gritar y a hacer mucho ruido. Esto llamó la atención de los hombres de la aldea, quienes corrieron para ver qué sucedía. De pronto, el chacal salió corriendo y se escondió a la salida, y encontraron al camello, que estaba comiendo caña de azúcar. Lo castigaron, le tiraron piedras y, por fin, lo echaron del cañaveral.



Salió el chacal y le dijo: “Será mejor que vayamos a casa”. El camello, muy golpeado, le indicó que subiera a su lomo. El chacal saltó. Luego empezaron a cruzar el río.

El camello le preguntó al chacal: “Hermano, ¿por qué empezaste a gritar tanto?”. El chacal contestó: “No sé, quizá porque a mí me gusta cantar después de comer”. El camello se detuvo y exclamó: “¡Qué felicidad! El día y el río son hermosos”. En eso el chacal cayó al río y se ahogó.

Recopilado por Elena Mamani Cruz



# El oso comegente

**E**l bosque era inmenso. La gente del pueblo había ido a buscar leña, que era el combustible utilizado para cocinar. Por fin encontraron el ansiado material, en el lugar había un oso que comía a las personas que se le acercaban.

A fin de sacar la leña, los pobladores entregaban un niño al feroz animal. Solo así lograban el propósito de calmar a la bestia y sacar el material útil para sus casas.

Un día, un hombre se dirigía con su hijo con el fin de entregarlo al oso para que le dejara sacar leña. En el camino se encontró con una señora, quien le dijo:

¿Adónde vas? ¿Adónde llevas a tu hijo?

—El respondió: Estamos yendo a talar árboles, pero ya que estás aquí haremos un trato para vencer al oso —le respondió—. Yo subiré al árbol y tú te quedarás abajo. Cuando estés cerca del oso yo te diré: “¿Has visto al oso comegente?”. Tú me dirás: “Es un tronco quemado”. Después te diré: “Dale un hachazo”. Este preciso momento aprovecharás para matar al oso de un certero hachazo.

La mujer, el hombre y el niño fueron a buscar al oso. Lo encontraron. El hombre se acercó con el niño en los brazos para entregarlo





al animal. Entonces la mujer preguntó: “¿Has visto al oso comegente?”. El hombre dijo: “¡No!”. Ella expresó: “¿Qué es eso que está a tu lado?”.

El padre del niño respondió: “Es un tronco quemado”. La mujer le indicó que diera un hachazo, mas el oso pidió que le golpeará despacio. Entonces la señora gritó: “Cincuenta hombres vienen a matar al oso. Dale otro hachazo”. El animal pedía que no le golpeará fuerte. Otra vez gritó la mujer, entonces el hombre cogió el hacha filuda y con ella le dio un golpe en la frente, y lo mató.

A partir de ese momento, las personas del pueblo iban a recoger leña en el bosque con tranquilidad.

Victor Coras Tucno, Pascasio Morales Moreno



# El espíritu del bosque

La provincia de Rioja, que se encuentra situada en el departamento de San Martín, se encontraba de fiesta de San Juan.

El funcionario para la celebración de la fiesta patronal quería que fuera de lo mejor; por esta razón, consultó a su señora esposa para ir a cazar al monte venados y otras especies; su esposa no aceptó esta petición, por el contrario, le dijo que no vaya, porque era muy peligroso. Además había escuchado que todos los cazadores que iban al monte no retornaban nunca.

Pedro no daba crédito alguno a ese tipo de historias, hasta que llegó el día de partir a la caza. Muy temprano salió de su domicilio sin despedirse de su esposa ni de sus hijos. Iba meditabundo por el camino del monte sin miedo alguno, hasta que pudo ver a lo lejos la entrada que conducía al bosque. Continuó el camino y por fin llegó al lugar indicado para este fin. Se acordó recién de su esposa, de lo que le había dicho días antes de su partida y se detuvo por un momento y bebió un trago llamado chuchuhuasi. Pedro caminó sin hacer ruido, para que no se espanten los venados; siguió avanzando el camino, hasta que se le cruza un hermoso venado. Este venado pasó tan rápido que apenas logró verlo. Don Pedro cada vez más se adentraba al fondo del bosque. Nuevamente se le cruza otro venado, un poco más allá otro; así sucesivamente le cruzaban por su





delante muchos venados, y sin darse cuenta él ya se encontraba en el medio de la selva.

Esta parte era penumbrosa porque los árboles eran grandes y no dejaban pasar la luz del sol. En esta parte se hallaban muchos venados que corrían en diferentes direcciones; entonces el cazador se asustó demasiado al no poder hacer nada con estos animales. Cuando quería disparar el rifle no funcionaba, ni sus dedos podían accionar. Posteriormente se le apareció el espíritu del bosque, conocido como el diablo. Pedro quiso correr con dirección a la salida, pero no podía; sus piernas estaban como atadas, ya que había perdido las energías e incluso perdió la voz. Al voltear la cabeza a otra dirección, pudo observar que los muchos venados que había, corrían formando un círculo, y en el medio se encontraba el diablo.

Por todo esto, Pedro se encontraba muy atormentado y asustado, mientras Satanás le daba azotes en diferentes partes del cuerpo. Luego de pasar castigos severos, el infortunado se desplomó al suelo. Pudo ver que de esto se aprovechó el maligno para transformarse en él. Después de convertirse en el cazador, se fue a su, donde se encontraba su señora esposa y sus hijos. Llegó cargando su venado, y así engañó a toda la familia e hizo que fácilmente se convirtieran en su presa fija.

Tania Chumbe Acosta



# Añuje, el sembrador del bosque

**E**l señor añuje, que también es conocido por los hombres como agoutil, acaba de formar familia. Él y su esposa, la señora añuje, han establecido su hogar debajo de las raíces de un gigantesco árbol de shihuahuaco.

—Cuando nazca nuestro primer bebé nos mudaremos a una casita con otra habitación un poco más grandecita que esta —le dice a la señora añuje. Ella asiente y expresa su conformidad moviendo la cabeza.

Muy cerca del gran árbol de shihuahuaco hay un arroyo, del que la familia se provee de agua. Y a no mucha distancia del arroyo, una distancia que el señor añuje tarda veinte minutos en recorrer a buen paso, está localizado un extenso castañoal donde la familia se abastece de alimentos.

Bien temprano, a más tardar a las siete de la mañana, antes de que los hombres pasen con sus costales a recolectar los cocos o las cápsulas de castaña, el señor añuje se dirige al castañoal. A esa hora, como es habitual, ya todos los habitantes del bosque están despiertos, buscando sus alimentos. El cotomono, cuyos aullidos se escuchan a kilómetros de distancia gracias al amplificador natural que lleva en la garganta, está a esa hora saltando de rama en rama



buscando frutos. La señora perdiz, luego de dar la hora exacta, está hurgando en el suelo, debajo de los arbustos y las matas de bijao, recogiendo semillas y frutos que caen de los árboles en las noches, tanto porque están maduros como por la fuerza del viento que sacude las ramas. La señora de cuello rojo, la perdiz, a esa hora también ha bajado a tierra a buscar su comida.

Al señor añuje le encanta el castañal por muchas razones. La primera, porque los árboles de castaña le proporcionan su alimento favorito. La segunda, porque a él y a su esposa les fascina caminar por debajo de los grandes árboles de castaña, imaginándose lo maravilloso que será mirar el mundo desde la rama más alta de uno de esos árboles.

—Las castañas quieren tocar el cielo. Solo las aves y también las abejas, las mariposas y las libélulas tienen el privilegio de mirar el mundo desde arriba. Los añujes no tenemos alas para volar, pero podemos imaginarnos el mundo desde arriba —piensa el señor añuje.

—¿Cuántos años tendrá un árbol como este? —se pregunta el señor añuje al pie de un árbol que él calcula debe tener treinta metros de altura. —Quizás sesenta años porque mi abuelo me contaba que seis generaciones de añujes vieron crecer una castaña de este tamaño. Y como cada generación de añuje vive diez años, debe tener sesenta años —se contesta él mismo.

Luego empieza a roer con sus afiladísimos dientes incisivos la durísima cápsula de la castaña. En pocos minutos, la cápsula tiene un



agujero en uno de sus extremos. El señor ñuje mete una de las manos y extrae, una por una, las nueces. Son veinte nueces.

—Comeré cinco nueces. Cinco llevaré a mi esposa y diez guardaré para mañana y pasado. Hay que guardar pan para mayo, como dicen los hombres —piensa mientras roe y mastica con placer la blanca pulpa de la nuez.

Una vez que termina de comer su ración, el señor ñuje echa una mirada a su alrededor, examinando a vuelo de pájaro los lugares del bosque donde enterrará las nueces para volver a buscarlas en los días subsiguientes. Elige con mucho cuidado los sitios y empieza a enterrarlas abriendo pequeños hoyos con sus manos. Luego los tapa con tierra y hojas secas. Una nuez en cada hoyo.

—El bosque es una rica despensa de comida, pero también hay que saber cuidar y conservar esta despensa —medita cuando concluye su trabajo.

Ese verano, la noche del 24 de diciembre en el calendario de los hombres y de invierno en el calendario de los habitantes del bosque, cayó una lluvia que parecía un diluvio. A cada instante, el cielo se iluminaba de rayos, y los truenos que precedían a esos rayos atronaban en el mundo.

—Creo que Dios está celebrando su nacimiento con los fuegos del universo —susurró el señor ñuje a su esposa, ambos bien acurrucados y protegidos debajo de las enormes raíces del shihuahuaco.



Al amanecer, la tormenta cesó, y un cielo espléndido asomó por encima del inmenso bosque. Hacía un poco de frío y daba ganas de quedarse en cama.

—Aunque me gustaría quedarme un rato más en cama, tenemos que ir a buscar la comida de hoy —le dijo el señor añuje a su esposa.

—Yo estoy lista. Hace rato que me levanté a limpiar la casa —le contestó la señora añuje.

El bosque había cambiado de aspecto. Estaba como peinado por la tormenta de la noche, y se veía incluso más verde, más vital con la copiosa lluvia nocturna. El suelo, húmedo, estaba sembrado de hojas, flores y frutos que el fuerte viento había arrancado de los árboles.

Las señales que había dejado el señor añuje para ubicar las nueces enterradas habían desaparecido con la lluvia y el viento. Por lo demás, no tiene precisamente una memoria de elefante. Entre los habitantes del bosque goza de gran fama de desmemoriado. Una vez se olvidó la dirección de su casa, y estuvo deambulando en el bosque durante tres días con sus noches, hasta que fue ubicado por el señor rinahui, el viajero del bosque. La señora añuje temió lo peor.

—No sé dónde quedó enterrada nuestra comida —confesó finalmente a su esposa, un tanto avergonzado de su pésima memoria.

—No tienes por qué preocuparte por esta vez, puesto que, con la lluvia y el viento de anoche, todo el bosque está lleno de comida —le consoló su esposa.



Ambos, entonces, cogiditos de la mano, más que a buscar comida, se dedicaron a pasear y admirar el hermoso castañal a orillas del arroyo de Palma Real, en Madre de Dios. Él sonreía de felicidad.

—No me importa haber olvidado donde enterré las nueces, pues ahora esas nueces crecerán y serán nuevos árboles de castaña, y habrá siempre comida en el bosque —se dijo a sí mismo el añuje y se sintió aún más feliz.

Miguel Mendoza Vargas



# El mono y la hormiga

**E**n un pueblo muy lejano, en una pequeña casa vivían el mono y la hormiga, entre otros animales. El mono era un animalito muy juguetón y alegre, se paraba burlándose, cantando y contaba algunos chistes, y hasta molestaba a la pobre hormiga.

La hormiga era muy trabajadora, ella era la única que trabajaba en su casa. Como el mono era muy ocioso, una vez la hormiga, cansada del mono, le dijo que comenzara a trabajar y que no fuera tan ocioso ni molesto.

El mono molesto le dijo: “Para qué voy a trabajar si estoy bien así; tú trabajas, eso nos alcanza para los dos y nos sobra todavía”.

La hormiga contestó: “No es posible que yo trabaje día y noche para mantener esta casa, mientras que tú te la pasas mirando televisión todo el día y sin hacer nada en la casa. Todo tu cuarto está sucio. ¿Por qué no lo limpias? Por dedicarte a los juegos de azar, ocioso, cochino, aprovechador”.

Ante estas palabras el mono muy frescamente dijo: “Ya estoy cansado de ti; lo que tengo que hacer es marcharme de casa, para estar en mejores condiciones de vida en otro lugar y solo”.





El mono agarró sus cosas y se fue amargo. No tenía ningún lugar donde pasar la noche; ni siquiera tenía dinero para comer. Se fue a pasear por el bosque. Estaba tan cansado y se durmió entre unas ramas. Al día siguiente se levantó muy temprano. No tenía nada que comer. Se fue a un restaurante y le dijo al dueño: “Señor, no tengo nada que comer; por favor, no tendrá algo de comida para que me regale”. El señor le dijo: “Si quieres comer tienes que trabajar”. Así pasaron los días; el mono trabajaba en el restaurante y dormía en el bosque.

Hasta que un día, en circunstancias que el mono regresaba a trabajar, un oso lo persiguió. El mono no se había dado cuenta hasta que el oso le gruñó, y quería atacarlo. El mono asustado pidió ayuda. Por suerte pasaba por allí un granjero que le ayudó a matar al oso. Por este gesto el mono se encontraba muy agradecido, y la hormiga, que se encontraba muy cerca del lugar de los hechos, fue en su ayuda y lo condujo a su casa. Luego hicieron acuerdo para trabajar los dos. Por fin entendió el valor que tenía el trabajo, y así el mono y la hormiga fueron dos grandes amigos y vivieron juntos muy felices, y nunca más discutieron hasta el final de sus vidas.

Recopilador: Jáuregui Arbieto, Elizabeth



# El pequeño espantapájaros y la luna buena

**A**l niño espantapájaros todo lo asustaba: la sombra caminante de una nube o el enorme y parpadeante ojo del girasol. Viejo y achacoso, papá espantapájaros ya no tenía fuerzas ni ánimo para custodiar los huertos. Y el escarnio charlatán que hacían de él los pájaros era cada vez más creciente:

—Yo me distraigo pintándolo de blanco.

—Yo, con mi largo pico, hago de su abrigo un colador en las montañas del invierno.

—Yo deshilacho sus mangas cuando agita los brazos, como pidiendo auxilio, cada vez que pasa canturreando, por las tardes, el viento.

Mamá espantapájaros, mientras cocinaba unas castañas, preparando el fiambre matinal, lo llamó a su lado y le dijo: “Tu padre está cada día más enfermo y los pájaros ya no lo respetan como antes. Debo cuidarlo, y es necesario que tú lo reemplaces en la vigilancia de los frutales. Eres ya un niño grande, y pronto te harás hombre: un espantapájaros verdadero. Pero desde hoy debes ejercer el mismo oficio de guardián que tu padre supo desempeñar con ilustre señorío. En sus años mozos, fue para los árboles un centinela ejemplar, un apuesto ángel de la guarda. Por su don de gentes, se ganó la



estimación de todos, lo honraban hasta los más atrevidos pájaros bandoleros”.

Aunque el niño espantapájaros sentía temor por cualquier ser volátil, a excepción de luciérnagas y libélulas, con quienes jugaba en el parque, de puro bueno y obediente, aceptó la tarea que mamá espantapájaros le recomendaba. Fingiendo coraje se puso a silbar, y salió al campo muy campante, aunque algo preocupado, a cumplir dignamente con su santo oficio, bucólica profesión de antiquísima tradición familiar.

En el camino, entre medroso y empeñoso, trató de plasmar en su rostro angelical un gesto severo, capaz de amedrentar al pájaro más fiero. Qué trabajo cuesta ser malo, se dijo. Ensayó en vano, frunciendo el entrecejo y torciendo el labio, los mil rostros del mal. Fue inútil. No espantaba su pobre cara buena ni una mosca. Por el contrario, como agravio del jardín, ridiculizándolo, una mariposa multicolor se le posó muy oronda en el sombrero. La rosa hecha una pantera rosa, de paso, a manera de caricia retadora, le arañó levemente una de las mejillas. Y el verde sapo barrigón, marcándole el paso, hacía sonar su trompeta de bombo ensordeciéndole los oídos, imprimiéndole a su marcha un aire marcial.

No bien había comenzado la guardianía cuando unas risotadas burlonas sintió entre los arbustos, y después, sobre él en picada, un rumoroso aguacero de pájaros. ¡Cuánto hubiera dado por ser un ciempiés, un atlético venadito de veloces remos!

Se diría que le nacieron alas y que voló despavorido como si, para colmo de la humillación, se hubiera vuelto pájaro. Lloró a cántaros, mañana y tarde, hasta que llegó la noche.



La luna llena de pena, al ver desconsolado y triste al pequeño aprendiz de espantapájaros, le preguntó por la causa de su aflicción:

—Tengo que sustituir a mi padre, un desvalido anciano, en las labores del campo, pero ocurre que yo le tengo miedo a los pájaros, y ellos, conocedores de esa debilidad mía, están invadiendo los frutales y los graneros. No hay en toda la estancia un solo fruto que no exhiba en el pecho la herida de un agujero. No nací para espantapájaros. Yo siempre soñé, bellísima dama, con ser un sereno saltimbanqui de los bosques, encargado de encender el farolillo de las luciérnagas.

—Te ayudaré, hijo mío —le dijo la Luna de ensortijados bucles—. Te prestaré mi lámpara maravillosa, a la que acuden de noche a beber luz las luciérnagas. Y te prestaré también mi túnica y mi máscara blanca. Y en cuanto salgas, vestido a la usanza celestial, huirán de ti los pájaros fruteros, confundiéndonote con un desdichado fantasma que anda por ahí errante, sin párpados y sin sueño, condenado día y noche a caminar despierto por el mundo.

El pequeño espantapájaros aceptó los regalos de la bondadosa Luna, y desde aquel día con ojo oculto vigiló los frutales, luciendo dichoso a su disfraz enceguecedor, armadura revestida de las aletas a la cola con atuendos de púrpura y escamas de plata. Solo a veces se solía asustar todavía: cuando veía avanzar hacia él en el poniente la sombra del manzano, o cuando se miraba en las aguas de los regadillos, admirado de su faz pálida, sin ojos y sin cejas, sin nariz y sin boca.

Arturo Corcuera



# La guerra de los animales

**H**ubo un tiempo en que todos los animales de la selva estaban en guerra, pero casi nadie sabía por qué, ni se interesaban en saberlo; lo único que recordaban es que quienes iniciaron la contienda fueron los pumas y los sapos. Pero no se conoce cómo pudo suceder una reyerta entre quienes habitaban en las charcas y quienes habitaban en la maleza.

Existe solo un rumor, una versión de cómo empezó esta pelea. Cuentan que una hermosa mañana de sol un puma se acercó a la orilla del río Shambia a tomar agua, y sin querer pisó la cabeza a un sapo que se encontraba soleándose sobre la yerba. Este alzando la voz le increpó:

—¡Oiga! ¿No ve dónde pone la manaza cochina?

A lo que el puma volteó y de un golpe lo empujó al agua diciéndole:

—¡Idiota! ¿No sabes que cuando bajo a beber bichos como tú deben esconderse en el pantano?

Entonces el sapo lleno de ira lo escupió en la cara. Ambos se fueron y empezaron a formar dos bandos. A los primeros a quienes van los sapos con las quejas son los grillos, sus parientes y vecinos. Los



pumas se lamentaron antes sus hermanos, los que inmensamente salieron y cazaron a sus enemigos, a quienes dieron una muerte cruel creyendo escarmentar así la ofensa cometida.

Los sapos entonces pidieron apoyo de los tábanos, que juraron día y noche zumban en el aire maltratando a los pumas; lograron la adhesión de las arañas, que apresuradas y silenciosas empezaron a tejer sus telas cual trampas fatales; y ganaron a las avispas, que en grupos pequeños atacaron haciendo imposible la vida de los felinos.

Por su lado, los pumas consiguieron la participación de los lobos, añases y sajinos; de los armadillos que pueblan el bosque y de las culebras. Lograron el apoyo de las sachavacas y de los cocodrilos, que extasiados con la idea de la guerra dieron zambullidas y chapoteos que mermaron las aguas de los ríos.

Algo caracterizaba a los dos bandos: por el lado de los sapos se unían cada vez más los animales pequeños, insignificantes, invisibles, que se agrupaban en los territorios bajos como llanuras y orillas de lagunas y ríos. Con los pumas se asociaban los animales cada vez más grandes, poderosos y terribles, que se iban concentrando en las regiones altas como montes y cumbres de montañas.

Día a día nuevas especies se iban plegando a uno y otro partido. Los sapos atrajeron para sí a las hormigas. Alacranes, pirañas y tarántulas les declararon su simpatía. También les dieron su apoyo los zancudos que combaten en las noches y las luciérnagas que iluminan y oscurecen los caminos. Pidieron el auxilio de los temibles chicharros —machacos (culebras voladoras) cuyo veneno en pocos segundos trae la muerte.



No paró allí el asunto, porque monos, osos y chanchos salvajes declararon su ingreso a la guerra al lado de los pumas, adhesión con la cual creyeron tener la victoria frente a los insolentes batracios y sus seguidores.

Una época de destrucción y muerte imperó en la selva. Sucedian actos de pillaje, violación de soberanía, crímenes, violencia de todos los días. Los animales grandes andaban ufanos, bulliciosos, agresivos, pisando a los pequeños, que vivían escondiéndose, asustados, sembrando de piedras y espinas el sendero de los mayores. Tanta era la discordia que se invadía nidos, se anegaban madrigueras, se envenenaban lagunas y ríos.

La selva se venía abajo con este enfrentamiento. Nadie quería juzgar la naturaleza de la ofensa ni admitir ventaja a los contrarios. Animales de uno y otro bando se agredían por quítame estas pajas.

Así se anduvo por mucho tiempo. Felizmente un día, en un instante de lucidez, un anciano tortuga presentó una sugerencia:

—Que animales elegidos por cada bando peleen y definan de una vez la contienda.

Los grandes escucharon y aplaudieron rabiosamente esta propuesta. Los pequeños se consultaron entre si y luego de una corta deliberación también aceptaron la idea.

Pronto en el lado de los grandes se llevaron a cabo varias reuniones, en donde unos y otros se disputaban salir elegidos, lo que les aseguraba un triunfo rotundo y consecuentemente la gloria. Cada



animal argumentaba tener más fuerza y audacia para vencer a los contrarios. El primero en disputar fue el cocodrilo, que, con voz ronca y lengua pastosa, vociferó:

—Creo ser el rival indicado.

—Deja primero de mover tu cola que fastidia —se atrevió a decir el pellejo que apenas se veía colgado de una rama.

—¿Eh? —frunció las cejas el saurio.

—La verdad, tú no asustarías a nadie. Eres muy pesado para pelear.

Al escuchar esto, la bestia llena de furia dio un golpe con la cola que derribó el árbol donde se mecía el incauto haragán, y de donde salieron volando las aves para ponerse a salvo.

Entonces se deslizó una terrible culebra de lomo pintado como si fuera mariposa, y, haciendo centellar sus ojos entre la audiencia, habló casi silbando.

—¿Quién resiste el hechizo de mi mirada? ¿Quién mi veneno ciega con la muerte? —e hizo castañetear los dientes de los venados, que asustados echaron a correr por campo traviesa.

—¡Basta! —gruñó irguiéndose majestuoso el tigre. Se afiló las uñas en las piedras y sin mirar a quién continuó: —Acábase por fin esta ridícula pelea. ¿Quién es capaz entre los presentes de disputar su-



premacía al Señor Tigre? —quien dió un salto y paseó mirando fijamente a cada uno de los asistentes.

Nadie osó murmurar ni siquiera respirar, menos oponerse a lo dicho por tan imponente señor. Consecuentemente, quedó proclamando él mismo como representante, sin que los pumas abrieran la boca.

Al terminar la asamblea concurrió con desprecio saboreando su hazaña, y allí se quedó, torciéndose calmosamente los mostachos.

En el bando de los sapos todos estaban en silencio. A los pequeños se les veía correr de un lado para otro, agachados, como llevando o trayendo algo. Nada se sabía del modo como procedían a la elección ni quién sería el rival capaz de enfrentar al tigre. Un secreto sordo, una oscuridad tupida como la noche de la selva, como la maraña que hacen lianas, flores y árboles, cubrieron el nombre del combatiente. Tampoco en la tienda de los grandes se preocuparon en averiguarlo.

Mientras, contingentes de uno y otro bando limpiaban el campo, quitaban hojas, medían linderos. Los grandes prepararon una gran fiesta para celebrar la victoria y recibir al héroe. Enormes cantidades de masato, taperibá y viandas de distintas especies llevaban hacia el lugar de celebramiento. Las orquestas de músicos tenían contrato para toda la noche y al amanecer siguiente.

El día acordado, desde las primeras horas de la mañana, los alrededores de la chacra se fueron llenando de animales que tomaban ubicación en los árboles, montes cercanos, ríos y maleza. En poco tiempo los contornos estuvieron cubiertos de garzas, monos, patos,



majas; por allí andaban otorongos y culebras, los peces se acercaron hasta una pequeña laguna donde se juntaron también los lagartos.

Había enorme entusiasmo en los grandes y nerviosísimos en los pequeños. Era en verdad un gran acontecimiento; era por fin el término de la guerra. Todos estaban alegres. Como no sucedía desde hacía tiempo, se daban la mano y se saludaban atentos. Y a la hora indicada llegó.

Sin dejarse esperar saltó ágilmente el tigre desprendiéndose desde una inmensa rama. Vestía para el efecto sus mejores galas. Hubo una cerrada ovación y gritos de júbilo de parte de sus aliados. En respuesta el tigre hizo varias piruetas en el aire, que arrancaron aplausos de toda la concurrencia. Un rato estuvo haciendo reír con sus ejercicios.

Ya todos miraban a uno y a otro lado para ver aparecer al desconocido adversario de tan importante rival, pero no se producía movimiento especial en ningún costado. Los sapos, ocultos bajo la hierba, no osaban asomar la cara. Los peces tenían una expresión indescifrable, las hormigas hundían la cabeza en el suelo como si rezaran. Pasados unos minutos que parecían eternos dijo el tigre con sorna.

—¿Me tienen miedo los del barrio contrario que no envían a su representante? —y se rió jactancioso.

En ese mismo instante sintió en la parte más sensible de la entrepierna un pinchazo. Volteó con furia y se desgarró la piel con las uñas, luego le dolió la picazón en los testes. Volteó ágil como un rayo e introdujo las garras en esas partes. Pronto sufrió el ardor en



el ano, adonde dio una vuelta en redondo queriendo alcanzarse con los dientes.

Su contendor era el diminuto isango armado de su figura saeta. Ahora corría de un lado a otro por la panza y el lomo del tigre asesándole picaduras que se hinchaban como volcanes.

En pocos segundos el tigre se ahogaba en su propia sangre. La concurrencia estaba atónita; parecía que el tigre había enloquecido bajo el efecto de algún brebaje urdido por los sapos. Pero estos, alzando la cabeza, dijeron el nombre del luchador, voz que empezó a correr de boca en boca por todas las comarcas.

Mientras, el tigre giraba como envuelto en llamas. Se elevaba y caía manoteando el viento. Sus gruñidos retorcían árboles lejanos. Vueltos contra sí sus garras y dientes, derramaba espuma, se arrancaba el pellejo.

El isango en tanto ya se arrastraba por el pescuezo y llegaba hacia la cabeza. Al pasar cerca de las orejas barrenó su espalda. El tigre se llevó con fuerza las manos, que le hicieron profundas heridas. Ya en el borde del ojo el isango pinchó certeramente en la pupila de su enemigo, quien dio un alarido que hizo caer a varias cacatúas desde un alto guayabo. El dolor lo lanzó al suelo, instante que aprovechó el pequeño para saltar el otro párpado, donde clavó su saeta, justo en el centro de la pequeña luz abierta en el ojo del felino.

El tigre vió al sol que rodaba hasta quedarse enredado en las zarzas de sus pestañas tiesas; escuchó el tenue aleteo de las garzas alzando



el vuelo para ausentarse; el sabor dulce de la sangre de su lengua le pareció su madre cuando retozaba con ella. Y se abandonó suave e infinitamente en su recuerdo.

Animales de uno y otro lado vieron cómo se desplomaba pesadamente en el suelo, con las patas encogidas y vueltas hacia arriba. Así ganaron la guerra los animales pequeños, que luego se apoderaron del Sol, la Tierra, el agua y las estrellas.

Danilo Sánchez Lihón



# El renaco y el espíritu del hombre del bosque

El anciano narrador los vio entusiasmados y dijo:

—El renaco es un árbol que crece en las tahuampas y en los bosques que se inundan con las crecientes de los ríos en los inviernos de la Amazonía. Junto a un renaco crece otro, y otro y otro. Decenas, centenares y miles de renacos forman un renacal.

Los renacos son árboles altos con muchas ramas; pero, sobre todo, con muchísimas raíces. Son raíces que se hunden profundamente en el suelo. Un renaco, que también se llamaba ficus, jamás es arrancado de raíz por una tormenta como otros árboles. Tan profundamente están infiltradas sus raíces en el suelo que llegan hasta los ojos del agua. Por eso en los renacales siempre hay agua, porque las raíces de los renacos buscan los ojos de agua.

El renaco representa y simboliza el espíritu del hombre del bosque de la Amazonía. Como el renaco, nosotros los hombres y mujeres de la Amazonía hundimos nuestras raíces hasta el fondo de la realidad. Nos fijamos al suelo, buscamos los ojos de agua, es decir, nos enraizamos en nuestra propia realidad y buscamos nuestra identidad en el ojo de agua de nuestras creencias y en el legado de nuestros ancestros.

Como las raíces del renaco, que tienen formas caprichosas, retorcidas, como si la madre del bosque los hubiera estrujado, haciendo que se





asemejen a las anacondas, a otros animales o a las formas humanas, el espíritu del hombre y el de la mujer del bosque se parecen a estas raíces; son espíritus muchas veces atormentados, que se retuercen de dolor y rabia, que hacen esfuerzos por sobreponerse a las dificultades de la vida como el renaco a las dificultades de la naturaleza.

El renaco es también egoísta como el hombre. No permite que otra especie de árbol crezca junto a él, que le dispute el espacio del aire y del sol, del suelo y del agua. Si un cedro, una caoba, un shihuahuaco o un tornillo crecen junto a él de una semilla que el viento hizo volar o que un guacamayo arrojó con sus heces, el renaco lo abraza, lo ahoga y lo mata; por eso al renaco le llaman también matapalo.

— ¿Es cierto, don Oroma, que en los renacales viven los sacha runas y los chullachaquis? —preguntó Olinda Serafina, Hoyitos, interrumpiendo el fluido relato del viejo Oroma.

—Es cierto, y voy a llegar a ese punto —contestó y siguió con su narración—. Los grandes renacales de la Amazonía son como santuarios de la naturaleza. En las aguas oscuras y quietas de los renacales viven las anacondas y los lagartos. Allí llegan para descansar los sacha runas, los chullachaquis, los shapingos, los shapshicos y otros espíritus del bosque.

El día que los renacales mueran, será el anuncio de una catástrofe en la Amazonía.

—Todo lo que nos has contado lo he visto en mi sueño —exclamó alborotada Olinda Serafina, Hoyitos.

—Es la flor de la bubinzana que te hizo soñar —dijo el viejo Oroma, y luego agregó—: y ahora les contaré sobre la charapa.

Miguel Mendoza Vargas



## El ayaymaman busca a su madre en el bosque

El narrador miró a los niños, sorprendidos, los calmó y dijo: “Las aves en el bosque amazónico han sido bautizadas por el pueblo por la forma de su canto. Sus nombres son onomatopéyicos. El pájaro Víctor Díaz se llama así porque su canto dice: Víctor Díaz, Víctor Díaz, Víctor Díaz. El huanchahui, que come serpientes, se llama así porque cuando canta dice: huanchahuiii, huanchahuiii. El ayaymaman, al cantar, dice su nombre: ayaymaman, ayaymaman.

Los pájaros y todas las aves conocen el secreto de la naturaleza y son anunciadores de buenas y malas nuevas para el hombre del bosque. La garza rosada para los sharanahuas anuncia el verano y el retorno de un ser querido. El huanchahui cuando canta está anunciando alguna mala noticia para el que lo escucha. Puede ser un accidente o la muerte de un familiar, o de un amigo muy querido. El picaflor es un buen y mal mensajero entre los aguaruna-huambisas. Si vuela con alegría, como bailando y danzando suspendido en el aire, significa buena y abundante cacería. Si pasa como una flecha, huyendo vertiginosamente del peligro, algo malo va a pasar.

El Martín pescador, conocido también en la Amazonía como catalán, avisa a los ribereños y pescadores si la crecienta del río, en el invierno, será alta o baja. Cuando la crecienta se anuncia alta y habrá inundación, el catalán traslada su casa de la parte baja a la



parte alta del acantilado y el barranco. Es una señal infalible que los ribereños esperan para tomar sus previsiones.

Para los shipibo-conibo-shetebos, el Martín pescador es un tótem, un dios protector. Ellos vivieron por milenios en las orillas de los grandes ríos, sobre todo en el Ucayali, mirando los cielos y viviendo del río. Este es su fuente de vida, y el Martín pescador les avisa, tanto en el verano como en el invierno, dónde están los bancos de peces o los mijanos, como se dice en la Amazonía. El Martín pescador y los shipibos-conibos-shetebos son los mejores pescadores de la Amazonía.

El canto del ayaymaman es uno de los más tristes que es posible escuchar en la Amazonía. Es más triste aún porque el ave canta en el crepúsculo, cuando el Sol se ha puesto y el bosque y los hombres sucumben a la fatiga del día.

Los ayaymaman cantan casi siempre en pareja. Antes, ellos fueron dos niños que vivían en un pueblo del Amazonas, felices; pero un día la madre murió, mordida por una serpiente shushupe, mientras recogía agua en su cántaro en una quebrada de aguas claras y profundas.

El padre, que era un mitayero o cazador, se casó por segunda vez con una mujer que había venido de la ciudad, y nadie sabía quién era ni qué había hecho durante su vida. Tenía un carácter violento y amargo. Ni bien se hizo cargo de la casa, la madrastra empezó a mirar con cólera a los niños. Por quítame estas pajas los castigaba, especialmente a la niña de nueve años, sobre quien había descarga-



do prácticamente todas las obligaciones de la cocina. Flor de Belem, que así se llamaba la niña, era despertada a las cuatro de la mañana para prender el fogón, lavar las ollas y los platos, traer el agua en un cántaro grande y pesado para su edad y tamaño, y luego cocinar la yuca, el pescado, y preparar la mazamorra de plátano, que tanto le gustaba al padre; mientras tanto, la mujer dormía a pierna suelta hasta las seis de la mañana.

Por su lado, Santiago o Shanti, como le decían al niño, que era un año mayor que su hermanita, tenía también que madrugar a cortar la leña para el fogón y revisar las trampas para los sachauyes y quirquinchos que su padre colocaba al atardecer en el bosque a buena distancia de la casa.

El padre miraba con indiferencia el mal trato que la mujer daba a los niños. Es más, la alentaba cuando decía:

—Hazlos trabajar duro, que coman con el sudor en su frente. Y si haraganean, castígalos y auméntales las tareas.

La madrastra odiaba tanto a los niños que no quería verlos un día más en la casa. Así que tramó un plan. Aprovechando que el padre había ido al pueblo a vender el producto de su cacería —carne y pieles de cerdo salvajes, huanganas y sajinos—, les dijo con una falsa voz y aparente bondad y ternura:

—Hijitos, hoy día quiero que descansen de tanto trabajo. Vamos a ir al monte a buscar frutos de sachamangos que le gustan mucho a su papá.



Con esta y otras tretas, llevó a los niños lejos de la casa, monte adentro. Cuando tuvo a los niños en un lugar distante, completamente desconocido para ellos, un lugar desolado del bosque, les dijo con voz acaramelada, fingida:

—Voy un ratito a hacer mis necesidades, espérenme aquí y no se muevan —y diciendo esto se internó en el bosque y, utilizando otro camino, se alejó del lugar y regresó a la casa.

Los niños, creyendo en la madrastra, se pusieron a jugar mientras esperaban que regresara; pero el tiempo pasaba, las horas corrían, se acercaba la noche y la mujer no regresaba. Cuando la noche llegó, Flor de Belem y Shanti comprendieron que habían sido abandonados.

Muchos días vagaron por el bosque, hambrientos, heridos por las espinas y las zarzas, picados por las alimañas. En las noches, los niños trepaban como podían por el tallo de un árbol hasta llegar a la copa, huyendo de los tigres y las serpientes, y lloraban clamando por su madre:

—“Ayaymaman huishchurhuarca”.

Después de escuchar tantas noches este lamento, que significa: “nuestra madre ha muerto y nos han abandonado”, la madre del bosque se compadeció de los dos niños y los convirtió en pájaros, aves nocturnas, de plumaje marrón oscuro, que se mimetizan y se confunden con las hojas de los árboles donde duermen. Así la madre naturaleza los protege de los cazadores.



—Esos dos ayaymaman que ahorita están cantando en el bosque son los dos niños de nuestra historia —concluyó su relato el viejo Oroma.

Miguel Mendoza Vargas



# Pandu Balthasar Hualinga

**P**andu Balthasar Hualinga era nuestro bisabuelo, el padre de nuestro abuelo. Era un brujo muy poderoso, sabía entrar en los ríos. Iba hasta el fondo del agua y regresaba trayendo la espuma que allá abajo se encuentra, también fue el Curaca de las huanganas, fundador de Sarayacu.

Allá, abajo el agua, en los ríos hay el reino de los Yacurunas, de los hombres del río. Pandu lo conocí muy bien, era amigo de ellos —Las ollas de los Yarucuna son las boas, sus asientos los lagartos. Los Yacuruna toman chicha de maíz, contaba Pandu.

Pandu de allá regresaba con cualquier cosa, a veces trata unos vestidos y cuando salía del agua estos apenas eran húmedos. Tenían un montón de cosas traídas del reino de los Yacuruna, coronas de plumas también.

Pandu no comía carne de huangana: —¡Tengo una mujer huangana, yo! —decía—no como carne de huangana”. A veces llamaba toda la manada de las huanganas para dar de comer a su gente, entonces siempre aconsejaba: —No maten demasiado, lo suficiente no más.

Ya se había vuelto jefe, Curaca de muchas huanganas, entonces las condujo hacia el mar. Él se iba sobre una huangana como si fuera su caballo. A la orilla del mar las huanganas recogían camarones,



cangrejos, y los guardaban en la boca para dar de comer Pandu. Después subían encima de una loma en donde guardaban la comida. Ahí había una clase de hormiga, muy brava, dicha acachinchu, llamada también “Huangana Nina”, Fuego de las Huanganas. Prendían el fuego y cocinaban los cangrejos y camarones, envueltos en hojas, para darle de comer a Pandu.

Después de algún tiempo las huanganas quisieron regresar a su tierra de antes. Así hablaron entre ellas: —Al regreso vamos a encontrar nuestros cuñados que tienen la cara torcida, ¿alisten sus dientes (para matar a los perros)!. Entonces desde el mar pasaron a la tierra de Canelos. Pandu a la cabeza las llevaba soplando en su corneta. Con ellos había también el Espíritu-Diablo, dueño de las Huanganas, él había sido el maestro de Pandu, le había enseñado todo. Cuando Pandu soplabla en su corneta todas las huanganas se reunían cerca de él. Así hablaban las huanganas: —Si son cuatro o cinco los que nos matan, vamos a aumentar bastante, si uno no más es el cazador que nos mata, nos acabaremos.

Las huanganas comen de todo: camote, yuca, papachina, orito, camarones, cangrejos, también hacen chicha para tomar, las huanganas son gente también.

Cuando ya las huanganas se hacen muy raras, son escasas, entonces su Curaca les llama soplando con su trompeta y ellas llegan de todas partes.

César Toro Montalvo



# Los españoles matan a nuestro Ingaray

**E**n Kitu existe el puente de piedra construido por el Ingaray. Su casa del Inka estaba llena de oro. Al ver el oro, los españoles han querido para ellos, envidiaban nuestro oro.

Cuentan que era un blanco en busca de nuevas tierras, chimbaron la Gran Cocha para llegar al territorio del Ingaray.

Navegaban sin ver tierra alguna. Lo quisieron matar al blanco este, porque les había engañado:

— ¡Donde está la tierra —se han ido, se han ido. Una noche desde lejos divisaron una luz de candela:

—Allí, itierra! Hemos encontrado una tierra nueva.

Total, era el dominio de nuestro Ingaray. Llegaron donde él, miraron; los Ingaraykunas estaban con cigarros encendidos. Probaron nuestro tabaco los blancos y les gustó. —Entonces agarraron un montón de semillas para llevarse. Entraron hasta Kitu, la ciudad donde vivía el Rey Inka y vieron su casa de puro oro.

Desgraciadamente el Ingaray no conocía las letras de los blancos. Él tenía otra manera de apuntar las cosas sabía leer en las sogas, cada nudo significaba algo, contaba algo. Esas sogas se llamaban “kipu”. Había esa manera de escribir las cosas.



Los blancos regresando a su tierra, se llevaron de nosotros, papas, yucas y muchas cosas más para sembrar.

Tiempo después, el gobierno español mandó sus soldados para que hagan una guerra contra los Ingaraykunas. Mandó un ejército entero en barcos. Tenían carabinas, balas. En cambio nuestro rey tenía solo lanzas. Teníamos warakas (hondas), flechas, lanzas y makanas bien afiladas. Los blancos vinieron con armas de fuego y sin motivo ninguno, mataron a los indios de nuestro Ingaray.

Los españoles nos hicieron toda clase de guerra. Lo cogieron a nuestro Inga y exigieron por él costales llenos de oro. Se llevaron todo, pero no lo liberaron. Parece que el Ingaray no entregó todo su oro: una parte hizo desaparecer, escondiéndola con su poder. Ese tesoro se extravió; no se sabe ahora dónde está.

Así que hubo matanza de nuestro Ingaray. Él era casi como un dios, tenía sus poderes, lo mataron, él se hizo el muerto, en realidad se fue a otra parte. Y los blancos se apoderaron de nuestra tierra, hasta hoy día se oye que están metidos allí todavía.

Para defenderse, los runas tenían solo sus warakas; lanzando piedras mataban al enemigo. Dicen que hubo también una batalla a flechazos.

Así terminaron las gentes del Ingaray porque no tenían balas. De haber tenido, hubiéramos podido vencerlos. Los blancos se apoderaron de esa ciudad, que era de los indios que la habían trabajado mucho tiempo antes.

Cuentan que el Ingaray itak! había tirado piedras para delimitar el terreno de la ciudad. Al día siguiente dicen que amaneció una ciu-



dad del tamaño señalado, con casas de piedra, altas hermosas. Algo maravilloso. Lo hizo con su poder.

Los blancos nos han ganado. Desde entonces solo ellos se aprovechan. Nosotros nos hemos quedado sin nada. De no haber actuado así ellos no se hubieran quedado con lo nuestro. El Inga tenía mucho oro en sus tierras. Bastante. Hasta ahora cavando tierra encuentran. Se dice que también hay oro escondido en tinajas: lo que escondió el Ingaray. ¡Así es!

César Toro Montalvo



# Habla la ayahuasca

**H**abía caminado desesperadamente, sus pasos habían dibujado su rastro en el incandescente polvo, y con cada golpe lograba escapar solo para aventurarse en una huida hacia donde el viento le llevaría.

El sol azotaba con una furia desconocida, inexplicable. Se detenía, y no recordaba desde cuándo había caminado, en qué momento su mundo se había desvanecido. Era como si el suelo hubiera calmado su sed implacable con tanta agua, con tanta vida.

Recordaba con claridad aquel río, volvía a buscarlo con la mirada, pero no, ya no estaban el murmullo de las aguas ni la brisa fresca, solo el cauce estéril mostraba su desnudez.

Aunque dudase era el cauce. Estaban las piedras que un día vio acariciadas por las olas y el manso remanso de las aguas que ahora parecía sometido a una perpetua tortura, a la hoguera tormentosa del sol, que era el único soberano de los cielos y de su universo. Quería gritar, pero el grito se ahogaba y se resistía a ser escuchado; quería escapar, y tendía su mirada suplicante hacia todos los horizontes y la monótona monocromía, y el silencioso páramo parecían asfixiarle.

No había duda, ahora su mundo se resumía en un desierto inhabitable e inevitable.



¿Pero la casa de Ishan? ¿Pero el camino transitado por donde solía ir de pesca? En ese momento recordó que ese camino cruzaba cuatro veces aquel río hasta su casa. Lamentablemente su rostro cobró vivacidad y se hizo más humano. ¡Claro! ¡Cómo no lo había pensado! Su casa.... su casa estaba junto a la desembocadura de aquel ahora inexistente río, y junto a ella estaba el río más grande, ya no había duda, tendría que haber algo de agua para calmar su sed.

De repente, su fuerza casi extinta comenzó a cobrar forma como si viniera de alguna fuente desconocida; era esa fuerza que solo la esperanza a veces suele darnos. Levantó los pies con vehemencia, sacudió todo su cuerpo en un primer paso, echó a correr. Ahora todo parecía el fin. ¿Cómo explicarse, ¿dónde había ido a parar tanta agua? ¿Dónde estaba su casa?

Ya de rodillas, agónico, dirigió su mirada al lugar donde alguna vez existió una poza, y descubrió que la fuerza del agua había labrado extrañas formas en las rocas. Empezó a arrastrar su cuerpo sobre la arena y sobre las piedras abrasadoras.

A medida que se acercaba creyó descubrir un abismo; entonces se dio cuenta de que aquella poza era más profunda de lo que había imaginado. Fantasmales recuerdos le sobrevenían. Se dibujó en su memoria aquel día en que su canoa fue devorada por las olas, y desesperado vio las manos agónicas y suplicantes de su pequeño hermano que eran arrastradas por los remolinos de la muerte.

Por un instante pensó que encontraría a su hermano en la profundidad ahora descubierta. Casi en un último intento se lanzó hacia el borde. Todo parecía un final escogido para él por alguna divinidad de su mundo, que reclamaba alguna plegaria olvidada. Tendió con fuerza su mirada hacia el cielo, y ahora hasta el cielo parecía perder su color.



Volvió a mirar la profundidad de lo que fuera la poza, y vio como en un espejismo el cadáver de un árbol añoso, petrificado, levantando sus ramas suplicantes hacia el cielo. Parecía eternamente varado, eternamente anclado. En todo caso, él también tenía la forma de aquel árbol.

Su cuerpo calcinado quiso levantarse. Sus intentos inútiles lograron arrastrarlo, y de pronto se vio rodando hacia la profundidad de la sima. Había buscado su propio calvario junto a la forma de aquel árbol; estiró las manos más suplicantes que nunca.

Como en recuerdos extraviados traídos por el viento se vio cortando un árbol, aquel mismo árbol; cerró los ojos, pensó en los suyos, pensó en Ishan, su amada; pensó en todos, quiso arrancar un último grito, y en aquel grito sin eco se escapó para siempre su existencia.

Finalmente todo había terminado, el sol había vuelto, el agua, los árboles, los pájaros. Yalico había tomado la ayahuasca, y este alucinógeno le había mostrado de manera profética su propio mundo. Yalico entendió que debía cuidarlo. Recordó que días atrás había cortado un árbol para hacerse una canoa, y que soberbiamente también había cortado otro sin motivo. Ahora entendía que el hombre tenía que vivir en completa armonía con la naturaleza.

Este mensaje fue la prédica que dio a sus descendientes, y es la prédica que nosotros también debemos aprender.

Gadomar Reátegui Ramírez



# El Padre Aguaje

**E**n el bosque donde habitaba una tribu, vivía un árbol de aguaje viejo, al que llamaba Padre Aguaje. Este tenía a su lado un pequeño hijuelo. Un día los hombres de la tribu decidieron cortar el pequeño hijuelo de aguaje para obtener sus deliciosos frutos, pero uno de los aldeanos, llamado Aldair, se opuso diciendo:

—No estoy de acuerdo, el Padre Aguaje se pondrá muy triste, y también se morirá. — ¿Ustedes saben cuánto demora en crecer un árbol de aguaje y dar frutos?

Pero los aldeanos, sin escucharlo, cortaron al pequeño hijuelo y comenzaron a repartirse los frutos que de él sacaban.

Caída la noche, Mateo, hijo de Aldair, escuchaba que el sonido del viento era inusual; sonaba como si fuera un lamento o un quejido de alguien que sufría. Su curiosidad pudo más que su temor, y se aventuró fuera de la casa para averiguar de donde venía ese lamento.

Poco a poco se fue acercando al lugar de donde parecía que se originaban los quejidos. Miró a su alrededor, y se dio cuenta de que se encontraba en la quebrada donde estaba el Padre Aguaje, y gracias a la luz de la luna llena pudo divisar que de su grueso tronco brotaban lágrimas; lágrimas de dolor, supuso Mateo.



Regresó a su casa y se metió a su cama. No podía dormir, pues estaba pensando en lo que acababa de ver y escuchar. Sin embargo, el cansancio hizo que se durmiera sin darse cuenta y empezó a soñar con el Padre Aguaje, quien le reclamaba:

—¿Por qué mataron a mi pequeño hijuelo? ¿Por qué si no les hizo daño alguno?

Mateo lloraba y sentía mucha pena por el dolor que tenía el Padre Aguaje; se retorció en su cama pidiéndole disculpas y gimiendo. Su padre lo despertó, y se dio cuenta de que su hijo estaba llorando.

Después de desayunar, Mateo corrió hacia la quebrada, para ver si lo que había soñado era cierto. En efecto, encontró gruesas lágrimas que se habían endurecido en el tronco del Padre Aguaje. Conmovido ante tal visión, sintió muchas ganas de abrazarlo, y así lo hizo.

Se abrazó fuertemente al Padre Aguaje, tan fuerte que sintió que era parte de él. Entonces el Padre Aguaje se apoderó del niño y lo convirtió en su pequeño hijuelo.

Los padres de Mateo, al ver que su hijo no regresaba a casa, se preocuparon y salieron en su búsqueda, pero cuando interrogaron a los vecinos se dieron cuenta de que no solo Mateo había desaparecido, sino también todos los niños de la tribu.

Entonces un presentimiento atravesó la mente y el corazón de Aldair, e instintivamente corrió hacia la quebrada. Miró al Padre Aguaje, se arrodilló y comenzó a llorar abrazando a los múltiples hijuelos que tenía a su alrededor.



De igual modo, los demás aldeanos se arrepintieron de haber matado al hijuelo del Padre Aguaje.

Como es costumbre en la selva, acordaron pedirle disculpas al Padre Aguaje mediante un ritual especial, después del cual el Padre Aguaje, padre al fin, devolvió los niños a los aldeanos, y cada padre y madre abrazó a su hijo, y por fin entendieron la magnitud de su error.

A partir de entonces, hicieron lo posible para abonar la tierra, mejorarla, cuidarla y no dañar ni ensuciar la quebrada del aguajal donde residía el Padre Aguaje con el fin de que le naciera otro hijuelo. Y así, con el cuidado continuo y amoroso de los pobladores, por fin, retoñó otro hijuelo y creció frondoso, hermoso y orgulloso, pues sabía que era el símbolo de amistad y reconciliación de la naturaleza con los hombres.

Los aldeanos aprendieron a respetar la naturaleza, y esto se transmitió de generación en generación, y ahora, cada vez que quieren disfrutar de los deliciosos frutos del aguaje, no tiene que matarlos, pues idearon diferentes maneras de extraerlos.

Esos aldeanos nos dieron una gran lección de cómo amar y respetar a la naturaleza, cómo cuidarla y no depredarla.

Nuestra inteligencia también nos permite organizarnos e idear formas de disfrutar de ella, sin tener que destruirla.

Camila Yuliana Duque Prado



# El pájaro carpintero

El pájaro carpintero vivía en la selva, feliz entre los árboles del pan, chontas, guayaquiles, catahuas y balsas. Volaba alto, subía y bajaba, daba volteretas y volteretas bajo el cielo azul y despejado. Jugaba con sus hermanos en el río junto a los peces. Trinaba contento disfrutando del agua clara y el aire puro de Bagua.

Tatashmak ikam pujuwai, numinum waa umik shig aneaspujuwai. Yaki nanamui, yaki takuni nugkan taja wajawai nayaim wigkakan-tunum. Namaká yachijai wasugkamui namakjai ijuunas. Shig aneas shinawai, Baguanmaya yumin tuja dasen pegkeg dekapeak.

Un día después de pasear volvió a su casa, un hueco hermoso, ubicado en lo más alto del tronco del palo blanco junto a la carretera que va de Bagua al Milagro. Ahí estaba su madre, quien le había traído comida fresca, granos de lentejas y arroz que encontró en el valle.

Makichik tsawantai, ijak weu jeen wakitkiu, numi wentsamtin carretera Bagua Milagro wetainum yantam wajamunum waa pegken umikmaunum, nuwi dukuji pujau, yutaijin itajua.

—¿Dónde has estado? —le preguntó él—. Te cuento que en la entrada, cerca del puente, hay unos paquetes grandes medio raros.



¡Ten mucho cuidado! —replicó su madre.

—¡Paquetes grandes! ¿Qué será, mamá?

—No sé, pero ten cuidado.

— ¿Tuwi wemaume? Titajame, puentenum jegattak ijika ijumjamua aush wajintskai. ¡Uchiju! Aneaku ata.

—Dekatsjai wajintsuk aida. Tujash aneaku ata.

Ciertamente, al atardecer, junto a los paquetes grandes, los gallinazos, muy orondos y elegantes, con sus ternos negros y sus cabezas coloradas, metían y sacaban sus picos disfrutando de un gran banquete, y después rondaban en el cielo mostrando su contento.

Agkutai, chuwig pegkeg iwagmamjau, muun tuja buke kapaku aidau, ijikmaunumia yuwawag nayaimpinum shig aneas nanamainawai.

Pero los paquetes grandes y raros aumentaban cada día: uno, dos, tres... muchos, a tal punto que ya casi llenaban toda la carretera. Los gallinazos, que casi nunca iban por ahí, ahora andaban seguros, orgullosos y alegres disfrutando de su nuevo ambiente que los pobladores bagüinos les habían acondicionado.

Ijikmau aidauk tsawa tsawantai aan kuashat kawegki wegak carreteranak akijuattak wegawai. Juwi chuwig ujumak wainnaya nuun, kuashat wantinui, Baguanmaya aenst aida nuun pujumainji suwamu asag.



Mientras tanto, el pájaro carpintero veía con preocupación que los árboles del pan, guayaquiles, catahuas y otras plantas pequeñas se iban enristeciendo y muriendo; su palo blanco ya no tenía muchas hojas, y también estaba triste.

—Mamá, ya no tendremos casa, el palo blanco se está muriendo.

—No te preocupes, querido, iremos más adentro, adentro a la selva a buscar un lugar donde hacer nuestra casa. Aquí ya no se puede vivir.

—Mamá, el cielo ya no es azul, ni el aire puro.

—Hijito, este cielo ya no es tuyo, ni el aire, ni el agua; buscaremos nuevos cielos, nuevos aires, nueva agua, allá lejos, muy lejos en las montañas si queremos vivir.

Numi aidau jinutai, tatasham puyatjus diyawai. Numi nii jeeamka-munmash duke jinutai pujutchamin dekapmamui.

—Dukuwa, jeenchau juwaktatji, numik jakae.

—Uchuchi puyatkaipa, aan atushat wetatji, juwig jegamaitsui.

—Dukuwa nayaimpik wigkachuwai tuja dasesh pegkegchuwai

—Uchiju juju nayaimpia juka, dase, tuja yumik aminuchuwai, ti-kich nayaim, dase, tuja yumi pegkeg atushat egakmi shig pujustag takuik.

Así diciendo la mamá arregló sus pajitas e hilitos mientras el pájaro carpintero la miraba con melancolía. Al siguiente día amaneció tris-



te, el sol no apareció, hacía frío. Entonces, el pájaro carpintero se subió a la última hoja moribunda de su palo blanco y parado en una pata dejó oír su último tiquitá, que nunca más se volvió a escuchar, y junto a su mamá dejó su casita y su cielo bagüino; juntos abrieron sus alitas y enrumbaron a tierras lejanas.

Ahora, el pájaro carpintero ya no está, ni el palo blanco, ni el pan del árbol, ni las chontas, ¿por qué? ¿Dónde estás, pájaro carpintero?

Dukuji takataijin chimpimatai, tatashmak wake beses diyau.

Wake besemtin tsawaju, muja tuntupening etsag wantinkachu, bi-chachacha wajau.

Tatasham numi titijin waki inagnamujin shinuku, nuwiyag shinutin antunkachu.

Nunik jenak ukukiaju, tuja Baguanmaya nayaimpinak ukuinak nana-kiag tikich nugkanum shiyakaju.

Tatashmak yamaik atsawai, tuja numi aidaush atsuinawai ¿wajukag junikami? ¿Tatashma tuwi pujame?

Ven, pájaro carpintero, ven a formar tu nido aquí junto al latido de mi corazón, sigue y toca, toca y toca, pájaro madrugador, quiero que salga de tu boca el ruidito encantador.

Pájaro carpintero, estás en las montañas, pero aún retumba en mis oídos tu tiqui, tiqui ta.





Pájaro carpintero, quiero tenerte cerca. No botaré basura, ni ensuciaré tu ambiente, para no hacerte daño... entonces, habrá muchos árboles, aguas cristalinas, aire puro.

Ven, pájaro carpintero, quiero tenerte a mi lado.

Tatashma taata, taam mina anentaijui pasugkem najanata, nuniakum tak, tak, tak awajmata, ame weneminia shinutchijum jinkui antuktasan wakegajai.

Tatashma tikich nugkanum pujame, tujash shinutjumnak tuke aneakuitjai.

Tatashma dakugkut pujau wainkatasan wakegajame, tikijuch pujusti tusan wakegajame. Yamaik tsuwatnak wainkanuk ajapashtatjai, pujutaigminash ebashtatjai, pujutjumin ebestan dakitajai... numik yaunchuk aya nuninuk wajastatui, yumi sawi tuja dase pegkeg wajastatui. Tajutuata tatashmauchi mina yantamchijuig pujugtusta.

Candy Goretty Weepiu Quiston



# Peripecias de un ozesno

Los árboles más altos eran los preferidos por Cándal, un ozesno de diez meses. Tenía las orejas puntiagudas, una cola pequeña y un color marrón oscuro, y se pasaba todo el día en los árboles más altos que había en el bosque.

Cierto día jugando con las mariposas se alejó de su madre. Al saber que estaba perdido, caminaba muy triste, lleno de pánico por el temor de ser atacado por alguna fiera. A lo lejos oía ruidos producidos por los árboles, que se movían como si fueran arrancados del suelo por el viento. A medida que pasaba el tiempo Cándal empezó a sentir más pánico, y en cuanto estuvo cerca del primer árbol se subió rápido.

Subía y subía, pero no llegaba a la copa; solo alcanzó una pequeña rama cerca de la mitad. Aquel árbol era el más alto del bosque y el más antiguo, pues dicen que fue creado por el mismísimo Dios, y que en la actualidad sigue vivo.

Cándal, muy cansado, reposaba en la pequeña rama cuando de pronto se le presentó un gallinazo y le dijo:

—Hola, pequeño, tienes la piel muy jugosa. Te vigilaré desde lo alto para comerte cuando el fuego acabe contigo.



Muy asustado Cándal contestó:

—¿Qué fuego, señor?

El gallinazo le respondió en tono muy jocoso:

—Mira hacia los cuatro costados del bosque; no tienes escapatoria, pequeño.

Cándal muy asustado volvió a preguntar:

—¿Quién es el culpable de este incendio?

—El hombre, es el hombre. Si el fuego no termina contigo, él lo hará como acabó con muchos de mi especie.

—¿Qué? ¿También matan a los de tu especie?

—Sí, esos perversos me arrebataron el alimento; matan a nuestros polluelos, así como a los demás animales; cortan los árboles y contaminan el agua.

—¿Pero por qué hacen los hombres eso?

—No lo sé. Me voy porque el fuego avanza.

Ciertamente, el fuego avanzaba muy rápido. Cándal siguió subiendo hasta llegar a la copa, y desde lo alto pudo ver cómo las llamas acababan con los árboles y muchos animales que quedaron atrapados. El fuego los devoraba como una fiera hambrienta y sola dejaba cenizas.

Cuando terminó el incendio, en todo ese bosque solo quedaba el árbol donde estaba Cándal. Quedó en pie porque era el más alto y casi llegaba hasta el cielo. Cándal se bajó para buscar a sus padres, pero no vio nada; todos yacían muertos y chamuscados al igual que los



árboles. Caminó muchos días hasta llegar a otro bosque que no fue afectado por el incendio. Sin perder las esperanzas volvió a registrar todos los rincones en busca de sus padres. No encontró a nadie, y parecía que los animales sobrevivientes se habían ido a otros lugares. Entonces entendió que sus padres habían muerto.

Muy enojado juró vengarse y matar a los hombres. Pasó muy triste la noche y se levantó con el alba. Siguió su caminata por lugares que nunca conoció antes. Iba con deseos de encontrar un lugar hermoso donde solo vivan los animales, y donde no haya hombres.

Entonces, llegó a un hermoso bosque, con montañas empinadas con formas de animales; era el lugar más hermoso que conoció Cándal. Cuando llegó la noche buscó un lugar dónde dormir, pero de pronto oyó ruidos dentro del agua; muchos peces corrían río abajo a toda velocidad arrastrados por la corriente. En eso vio un pececito que se quedó estancado en la orilla. Cuando Cándal se le acercó para ver lo que le pasaba, este antes de morir, le dijo que el agua estaba contaminada. Cándal sintió más odio hacia los hombres.

Ya de noche la luna iluminaba todo el bosque. De repente se despertó al oír unos ladridos: “¡Es el hombre!”, dijo y corrió a toda prisa a ocultarse entre los árboles. Tenía deseos de pelear contra ellos, pero sabía que aún era pequeño. Los hombres se acercaban más; entonces corrió hasta perderse tras los árboles. Desde allí vio cómo mataron a un venado.

Cándal pasó varios días escondido; solo salía para alimentarse. Entonces decidió marcharse a otro lugar.

Mientras subía por las montañas accidentadas presentía que se encontraba con alguien. Iba con mucho temor por en medio de enor-



mes rocas, cuando de pronto escuchó que alguien lloraba. Era un niño perdido. Con toda su furia quiso atacarlo, pero se detiene. Sus sentimientos cambiaron; sintió mucha pena por el niño y se hizo su amigo.

Desde entonces anduvieron juntos durante un mes alimentándose de frutas y semillas. Cándal le contaba todos los males que el hombre causaba a la naturaleza y a los animales. El niño le prometió que cuando creciera protegería el bosque y a sus habitantes.

Una mañana escucharon una voz que decía: “Marcos, Marcos”. “Es mi padre”, dijo el niño, y muy tristes ambos se despidieron.

Pasaron veinte años, y Marcos se convirtió en el defensor de los animales y el medio ambiente gracias a las campañas que realizó junto con otras personas.

Cándal encontró el lugar que había buscado. Ahora tiene su familia y vive feliz con otros animales.

Yoni Filian Alcedo Gavino



# El origen de las estrellas

Una mujer jívara se casó con el tigre, y vivía con él en la misma casa. Un día dijo el tigre a la mujer: “Quitame los piojos que tengo en la cabeza. La mujer cogió un piojo de la cabeza del tigre y se lo puso en la boca, pero después lo escupió con asco.

Notando esto el tigre, victimó a la mujer y la hizo pedazos para comérsela; pero ella había estado embarazada, y cuando el tigre la descuartizó para preparar y comer la carne cayeron afuera dos huevos.

La madre del tigre, que estaba presente, vio los huevos que salieron, los recogió y guardó. Después cogió una olla, guardó allí los huevos envueltos en algodón y así los cuidó. Algún tiempo después salieron de estos dos jibaritos que eran dos estrellas. A medida que estas iban creciendo la madre del tigre las cuidaba, reemplazando la olla por otras más grandes.

Cuando el tigre salía a cazar al monte, la mujer las sacaba de la olla al cuarto y las alimentaba, volviéndolas a esta, que estaba colocada junto al techo de la casa, al regreso del tigre. Después ellas mismas se cuidaban de las miradas del tigre, pues bien sabían que este al verlas las victimaría.



Durante su infancia continuaron todavía en la casa del tigre, y al salir de esta al monte bajaban de su escondite, comían bien, conversaban con la abuela y volvían a él cuando regresaba el hijo.

Un día mientras, el tigre estaba ausente de cacería, las estrellas le dijeron a la madre de este. “Dile al tigre, cuando vuelva del monte, que te prepare dos buenas lanzas de chonta; puede ser que el tigre Iguanichi, demonio, venga del monte mientras él está afuera y te mate”.

Esto dijeron las estrellas porque tenían la intención de matar al tigre para vengar la muerte de su madre.

Cuando aquel regresó, su madre le pidió lo que le habían solicitado las estrellas. El tigre raspó dos lanzas de chonta para la madre y en seguida se fue a cacería. Entonces bajaron las estrellas y mataron a la madre del tigre con las lanzas. Después la despedazaron, pusieron la carne en una olla y la cocinaron bien para darle de comer al tigre. Cavaron un bastón en la chacra y lo soplaron a fin de que hablase con la voz de la madre del tigre cuando este regresara y preguntas por ella.

Vino el tigre del monte y llamó a la madre: “Nukua hau, nukua hau. Madre, ¿dónde estás? Vengo para de prisa regresar. No he cogido zaino ni nada; estoy con hambre, vengo solamente para comer e ir después otra vez al monte”.

Entonces el bastón contestó desde la chacra con la voz de la madre del tigre: “Come nomás, yo estoy aquí en la chacra trabajando y cogiendo un poco de comida. Come nomás, adentro tienes carne”.



El tigre entró a la casa y comió la carne de la misma madre que estaba cocinada en la olla, y se fue nuevamente al monte, pero de la casa se fueron también con el tigre los otros tigres que existían en la montaña: el soacha, el tigre grande negro, el shia shia, yambingo, yahuara, apayahuara (el puma o leopardo), etc. Todos estos que habían estado reunidos en la casa se fueron al monte para buscar la cacería.

La casa de los tigres estaba junto a un precipicio, por donde había solo un camino con un puente hecho por los tigres; solamente por allí había paso para la casa.

En cuanto se fueron los tigres, las dos estrellas se pusieron a ambos lados del precipicio, donde estaba el puente, teniendo cada una su lanza. En medio del puente, por el lado de abajo, hicieron un corte, de modo que no soportaba gran peso.

Por la tarde vinieron todos los tigres al puente, regresando de la cacería. Adelante venía el sacha y al último el yambinga, los dos más potentes de todos los tigres guardando a los demás.

Entraron al puente; cuando estaban en medio de él, una de las estrellas lanzó al soacha que llegó primero y lo arrojó al precipicio. y el otro lanzó al yambinga, que fue el último en llegar. Como el puente se quebró, también todos los tigres cayeron en la profundidad y perecieron. Solo el leopardo pudo salvarse dando un salto enorme del medio del puente al canto del precipicio y huyendo al monte.

La otra estrella buscó un punto por donde poder pasar el precipicio y reunirse con la primera, y ambas se fueron a la casa. Allí se pusieron



a meditar: “No hay cómo vivir tranquilas en estas tierras”, dijeron, “porque el leopardo se ha escapado; algún día ha de vengar a los demás y nos matará. Mejor es buscar otro país donde poder estar tranquilas”.

Las estrellas se fueron a la casa para coger una cantidad de flechas, y una dijo: “Con esta subiremos arriba al cielo (Nayeimbe).

De las estrellas, la una era más grande y se llamaba Yanguay, la otra que era más pequeña, se llamaba Ya.

Ya arrojó una flecha al cielo, pero esta no pudo alcanzar las nubes, sino que cayó nuevamente al suelo.

Entonces Yanguay arrojó una flecha que llegó al cielo y quedóse allí.

Después lanzó otra flecha, en el hueco de la primera por abajo, luego una tercera en la segunda, y así sucesivamente, hasta que todo alcanzó al suelo, formando un bastón entero.

—Ya tenemos este bastón —dijeron las estrellas, pero es muy débil; ha de romperse y nosotros hemos de caer, temprano con él.

Entonces cogieron con los dedos, entre las flechas, todos los puntos de reunión, las soplaron con saliva, y así se formó de las distintas flechas un bejuco fuerte.



A este bejuco, los jíbaros lo han llamado etsa neika el bejuco del sol y por él subieron las estrellas al cielo, donde se quedaron.

De las dos estrellas, Yanguay y Ya, después han aumentado las estrellas, hasta que han quedado tantas como ahora.

Antiguamente, las estrellas, que eran gentes, bajaban con frecuencia por el bejuco etsa-neika a la tierra; también gentes de aquí solían por el mismo bejuco subir al cielo. Y por esto se conoce la historia referida; si no hubiere existido esta comunicación entre el cielo y la tierra no sabríamos cómo se han originado las estrellas.

Más tarde, sin embargo, la luna destruyó el bejuco etsa-neika; por eso se puede subir de la tierra al cielo.

César Toro Montalvo



## El chullachaqui, dios ecológico del bosque

**D**on Oroma dio inicio a su relato de la siguiente manera:

—Así como los cerros tienen sus dioses, que son sus guardianes y protectores, los muquis, los bosques de la Amazonía también tienen sus dioses, sus protectores y sus guardianes, son los sacha runas, chullachaquis, yashingos, shapshicos, shatucos, shitaacos, shollacos. Les contaré sobre los chullachaquis.

Los chullachaquis son de pequeña estatura, por lo que pueden moverse mejor en el bosque. Son de color oscuro y tienen una cabeza desproporcionada para su tamaño; pero más que por su pequeña estatura, su cabezota y su color oscuro, el chullachaqui tiene una característica muy especial en sus pies. Estos son desiguales, y de allí viene su nombre en el idioma de los incas; *chulla*, desigual, y *chauqui*, pies. Uno de sus pies apunta hacia adelante y el otro hacia atrás.

Y en sus pies está la clave de su secreto, el enigma de su existencia y el misterio de su relación con los hombres.

Muchas veces, los hombres y mujeres caminando en el bosque y en la orilla de un arroyo encuentran las huellas de un pie que ha caminado en una dirección. Si están desorientados, puede ser que sigan la dirección de esas huellas que no conducen a ninguna parte; pero



también puede ocurrir que sigan las huellas en dirección contraria y ocurra que vuelvan y retornen al punto de donde partieron.

Entonces los hombres y las mujeres, siguiendo estas huellas, van y vienen en una ida y un retorno sin término, circulando, girando como es el tiempo y la vida en el bosque, que no tiene principio ni fin.

El chullachaqui tiene buen humor, le gusta jugar y es un ser sonriente. Le encantan los niños. Cuando estos están solos en sus chozas, porque los padres se han ido a las chacras, de pesca o de cacería, se acerca y juega con ellos. Para no asustarlos con su cabezota y sus pies desiguales se transforma en el padre, la madre, el hermano o hermana, el tío o el amigo.

Cuando decide irse, porque supone que los padres de los niños están por llegar, el niño, la niña o los niños le siguen por el bosque, confundidos por la apariencia del chullachaqui; por eso muchas veces se han encontrado niños perdidos en el bosque, llorando y abandonados.

El chullachaqui se enoja mucho cuando los hombres talan los árboles del bosque en exceso, más allá de sus necesidades; sobre todo no le gusta que corten las grandes lupunas, las catahuas, los renacos, es decir, los árboles que tienen madre porque, en el bosque, los árboles, los ríos, las cochas, el arco iris, todos los seres tienen madre. Para evitar que los hombres destruyan el bosque, el chullachaqui usa todas sus artes. Lanza truenos y rayos que asustan a los hombres, hace llover copiosamente para apagar el fuego del bosque; avisa a las isulas, las grandes hormigas venenosas, para que ataquen a los taladores; también, a las huayrangas, las avispas gigantes, para que piquen y produzcan fiebre.



El chullachaqui castiga a los hombres que son enemigos de los animales del bosque, a los cazadores que matan con crueldad y demasía a la fauna de sajinos, huanganas, venados, tapires, ronsocos, majases, añujes, carachupas, otorongos, monos, aves como paujiles, trompeteros, pavas, pucacungaas y perdices.

Para castigar a un cazador, el chullachaqui se transforma en un venado, la pieza de caza más apetecible y más buscada del cazador. Convertido en venado, se deja ver por el cazador a tiro de arma, luego rápidamente se aleja y después se detiene, esperándole. Cuando este le da alcance y otra vez lo tiene en la línea de mira de su escopeta, el venado se aleja otra vez, y así prosigue con este juego hasta llevar al cazador al medio del bosque virgen, donde lo deja, finalmente, perdido.

Lo mismo hace con los cazadores de monos. Se transforma en un hermoso mono choro o una maquisapa y se hace perseguir por el cazador hasta el medio del bosque. Allí desaparece de la vista de este, que al final pierde no solo al mono, sino también la trocha para regresar. El chullachaqui también puede transformarse en un paujil, la gran ave del tamaño de un pavo que vive en el corazón de la selva para engañar a los cazadores ambiciosos y llevarlos a lo más profundo del bosque y dejarlos perdidos.

El chullachaqui también hace su chacra en el medio del bosque. Muchas veces se puede escuchar, en plena selva, un golpe seco de un machete o de hacha como de alguien que está trabajando en el bosque. Es el chullachaqui que está haciendo su chacra.

—Don Oroma, ¿usted ha visto alguna vez a un chullachaqui? —preguntó Camuchín, interrumpiendo el relato del viejo, sin poder contener su curiosidad. Los demás muchachos estaban muy atentos,



imaginando estar en el bosque siguiendo las huellas de los pies desiguales.

—Sí, he visto no solo una sino varias veces al chullachaqui. Les voy a contar sobre aquella vez que me encontré con él y que se transformó en mi hermano Otoniel. Vengan todos conmigo —dijo y comenzó su relato—. Era el mes de enero de un año que el río se desbordó; creció como no lo había hecho en mucho tiempo, inundando las chacras y las casas en todos los pueblos. Con la naturaleza que cambia y se transforma, también cambia la vida de los hombres porque, como ustedes porque, la vida del hombre en el río y en el bosque tiene dos etapas muy marcadas, el invierno y el verano, las dos únicas estaciones que conocemos del clima, y que también son estaciones de nuestras vidas.

En ese mes de enero, solo conocíamos el agua y el bosque inundado. Solo había tierra en la restinga, una parte alta del bosque donde los animales habían buscado refugio. Tomé mi canoa y me dirigí a la restinga para buscar tortugas motelos y huevos de perdiz.

Desde que puse los pies en la restinga, mientras caminaba por la hojarasca húmeda del monte, presentí que algo extraño me iba a pasar. El primer aviso fue el canto de la chicua, el pájaro del mal agüero. Luego una serpiente loro machaco se cruzó en mi camino. La serpiente también es un mal anuncio. Súbitamente escuché voces a mi espalda. Giré rápidamente el rostro y, asombrado, vi que mi hermano Otoniel avanzaba hacia mí.

—¿Qué haces aquí? ¿Cuándo has retornado de Tapira? —le pregunté. Él había viajado al pueblo de Tapira recién el día anterior, y tenía previsto regresar el fin de semana.



—Llegué esta mañana, y como me enteré de que has venido a la restinga, he venido a darte el alcance —contestó con naturalidad.

—Pero no has traído tu escopeta. ¿Con qué vas a balear? —le dije, sorprendido de que estuviera en la restinga sin su arma.

—Te voy a ayudar lo que tú mates —respondió prestamente.

El bosque, que hacía solo unos instantes era un concierto de cantos de pájaros, de aullidos de monos, de la estridencia de las cigarras y de algún lejano rugido del tigre otorongo, se había quedado extrañamente en silencio.

El silencio se quebró con las palabras de Otoniel:

—Estoy escuchando el canto de un paujil —me dijo apuntando en dirección a una hilera densa de palmeras tagua—. Ven, sígueme —dijo y caminó con gran agilidad y destreza debajo de las palmeras.

En ese instante volvió a cantar la chicua, y tuve miedo. Empecé a correr detrás de Otoniel y grité:

—Espérame.

Se detuvo para mirarme, y fue en ese momento en que pude ver sus pies desiguales en la hojarasca.

—¡El chullachaqui! —grité aterrorizado y emprendí una loca carrera con dirección a mi canoa.

Después ese susto, abandoné la cacería de animales para siempre.



—Otra historia, otra historia, cuéntanos otra historia —pidieron los muchachos en coro.

El viejo Oroma carraspeó afinándose la voz. Levantó su humanidad de 97 años, caminó hacia la cocina, tomó con mano firme una mochua de arcilla y se sirvió la blanca y espumosa bebida de yuca llamada masato.

—Está un poco fermentada para ustedes, por eso no les ofrezco —se disculpó y se sentó nuevamente en el tocón.

El sol, que hace poco era como un incendio, se apagaba lentamente en las aguas del Amazonas.

—Queremos escuchar la historia del ayaymaman —le pidieron al viejo Oroma— Aceptó y, curiosa y coincidentemente, en ese mismo momento el ayaymaman cantaba en el cercano bosque del pueblo.

Miguel Mendoza Vargas



## Cuento del Churi

**A**ntes había muchos “juicios” o desastres de toda clase. Los hombres nunca estaban tranquilos. Así era porque tal vez los ñawpa- runas mucho le hacían rabiar al dios. Cuando Yaya se hizo viejo dejó de cuidar este mundo. Su hijo Churi salió entonces. Nacido de la mamá de Dios, ya había crecido. En poco tiempo ya era grande. Entonces él quedó encargado de cuidar nuestros días y nuestras vidas hasta hoy. Cogió el mundo en su mano, tomando la vara de mando de Yaya y dijo:

—Recibo la vara de mi papá. Yo, a lo mejor, no tendré que castigar a mis hijos de este mundo. Antes fue necesario hacerlo así. Yo quiero llevarme bien con ellos. Yo los cuidaré bonito.

Después de tomar el hijo este cargo, los runas, nuestros abuelos y nosotros también, hemos vivido con el Dios Churi.

Cuentan nuestros ancianos que Yaya tenía granos de maíz; cada grano significaba un día. La semilla de maíz se acababa en un rato. Cada vez que se terminaba la semilla era un “juicio”, una destrucción del mundo.

Pero cuando ya creció su hijo, él agarró granitos de arena para contar los días. (En tu parecer, ¿cuándo terminarán los granitos de arena?).



Cada granito es un día. Por eso dicen se acaban los granos de arena. Así nuestros días, el tiempo y nuestro mundo actual no se acaban rápido, dicen los ancianos.

Cuando se encargó el Dios Churi, todo iba mejor, parece hay solo unos pocos “juicios”: temblores, huracanes, rayos. Hasta ahora vivimos sin destrucción del mundo; aun de Dios Yaya somos bendecidos. Parece que la gente es más noble, piensan lo mejor, viven más bonito, todos con un solo acuerdo, entre runas. Así vivimos con Churi.

César Toro Montalvo



## El hombre que se convirtió en boa

Un día, dos hermanos se pusieron de acuerdo para ir al monte en busca del mitayo durante varios días. Cuando llegó la fecha acordada, se dirigieron al monte llevando sus comidas, masato, equipaje y su pucuna, a una distancia de tres días de camino. Llegaron al campamento donde siempre se quedaban en busca de los animales; allí construyeron un tambo cerca, donde había un tronco podrido.

Cuando terminaron de hacer el tambo, al día siguiente se fueron juntos al monte por un solo camino. Siguiendo el camino encontraron una manada de maquisapas y cazaron una buena cantidad.

Cuando regresaron al tambo, empezaron a chamuscarlos; luego los descuartizaron y ya estaban listos para ahumar. Después de terminar todo prepararon la ahumadera y prendieron la candela para poner las carnes descuartizadas. Una vez puestas las carnes en la humareda las ahumaron lentamente.

Al día siguiente, se fueron nuevamente juntos al monte dejando la carne ahumada en una canasta en el techo del tambo. Al regresar al tambo no encontraron la carne ahumada. No dijeron nada. Entonces hicieron ahumar lo que había matado, pero con eso también sucedió lo mismo. Por las pérdidas seguidas de la carne, el hermano menor dijo:



—Hermano, yo voy a quedar en el tambo cuidando la carne para ver quién es el que la está robando.

A lo que su hermano mayor contestó:

—Bueno, quédate tú en el tambo, pero escóndete para que no te vean. Yo voy a ir solo, pero regreso si es que no encuentro nada.

El hombre se quedó esperando en el tambo. En un momento de silencio escuchaba el ruido que hacía la boa al salir. Estaba quieto el hombre e su tarima.

Después de un rato, el hombre vio el rabo de la boa que salía de un tronco podrido en busca de la carne. El hombre no le hizo nada porque tenía miedo. Después de unos momentos llegó su hermano mayor y le preguntó:

—¿Quién era el que robaba la carne?

—Hermanito, es una boa que roba la carne; solamente le vi su rabo que salía de ese tronco podrido. Para saber bien podemos quemar el tronco y ver si hay boa en ese tronco.

Entonces los hermanos se pusieron de acuerdo, amontonaron la leña, y echaron la candela y la dejaron para que se queme solita. Al día siguiente, el hermano menor dijo a su hermano mayor:

—Yo voy a ver qué es lo había dentro del tronco, luego te voy a avisar.



Sé que el hombre, antes de llegar a tronco quemado, percibía el olor agradable del huevo de la boa cocida. Viendo eso, el hombre pensó un rato para probar y tomó un pedazo de huevo diciendo.

—Yo voy a probar si es verdad que comiendo huevo de la boa se convierte en boa.

Lo comió allí nomás y regresó al tambo. Al llegar le dijo a su hermano:

—He comido el huevo de la boa, porque tenía olor agradable como el del pescado.

Su hermano le dijo:

—¿Por qué lo has comido? ¿Quieres convertirte en boa?” Después de rato, el hombre empezó a tomar masato constantemente, su hermano le dijo:

—Por eso te dije, hermano, que no comieras el huevo de la boa.

Al terminar el masato, empezó a beber agua de las quebradas, que cada vez ensanchaba su barriga. Su hermano mayor le dijo:

—Vamos a regresar a nuestra casa.

El hombre no quiso, y le dijo:

—Bueno, hermano, si me amas, no me esperes en el tambo, sino subes hasta la punta de esta huacrapona, porque voy a reventarme en seguida y va alagar todos.



Haciendo caso de lo que dijo su hermano, subió para verlo. Cuando estuvo arriba se atardeció el día; es cuando allí se reventó su hermano.

El hombre estaba arriba esperando que baje la creciente. Cada vez el agua bajaba poco a poco. Cuando ya se aproximaba el amanecer el hombre tiraba el huayo de huacrapona para ver si el agua llegaba hasta el suelo, donde después de un rato el huayo cayó en el suelo. Cuando ya había bajado el agua, el hombre bajó al suelo en busca de su hermano. Iba buscando en pequeñas depresiones que habían quedado, donde por fin encontró como una especie de víbora colorada.

La recogió pensando que podría ser su hermano y la llevó para domesticarla en la zanja de su casa. La cuidaba bien y le daba de comer para que creciera más rápido. Después de varios días creció del tamaño del jergón. Los niños le molestaban, le tiraban palo, piedras. Provocaba producir remolinos cuando la molestaban. El hombre, cuando vió que creció demasiado, no dejaba que se acerquen sus hijos. Cada vez la zanja se iba ampliando más y más hondo.

Un día los padres se fueron al monte dejando a sus hijos en casa, sabiendo que la boa había crecido demasiado. Los niños, como no sabían el tamaño de la boa, se habían bañado en el pozo con toda la lluvia donde vivía el animal, y de frío todos se acostaron en la cama. Una niña mayor estaba despierta porque tenía miedo a la boa.

Vino un momento donde la creciente inundó casi toda la casa, y la niña mayor como estaba despierta subió arriba hasta el techo de la casa, donde empezó a llamar a sus padres, pero nadie la oía. Después de mucho rato llegó el hombre a su casa, encontrando solo a



su hija mayor sentada en el techo de la casa. La niña bajó llorando y empezó a contar a su papá todo lo que había sucedido en la casa. Por la pérdida de sus hijos el hombre sin comer y sin tomar masato agarró su flauta, le sacó un pedazo, tomó la vasija de barro rota la puso en su cabeza y se tiró al río donde había un remolino.

La boa tragó al hombre sin matarlo bien. El hombre llegó vivo al estómago de la boa, se quedó en un rincón con el pedazo de la flauta en la mano (bambú). Con el pedazo de la flauta, empezó a cortar poco a poco el organismo de la boa. Cada vez cuando le hacía corte la boa gritaba, el hombre escuchaba desde adentro. Los amigos de la boa la hacían nadar por todas partes de los diferentes ríos donde estaban los mejores doctores con el fin de sacar lo que estaba adentro.

El hombre, desde adentro, escuchaba los sitios y diferentes boas que nombraban. Aunque la hicieron andar por todas partes no pudieron salvar a su amigo. Como no pudieron salvarlo lo mandaron al sitio donde empezó a enfermarse para que no muriera allí. El hombre que estaba adentro escuchaba lo que decían afuera. El hombre seguía cortando el organismo de la boa, pero no le cortaba su corazón.

El hombre sabía por dónde iba la boa. Entonces cuando la boa se iba arrastrando al canto de la playa le cortó el corazón para que muriera. Después de un rato la boa, comenzó a gritar, y al morir se tiró hacia fuera donde quedó muerta en medio de la playa. La boa al morir abrió la boca y su ano, pero el hombre que estaba adentro tenía miedo de salir por esos dos extremos.

Los amigos de la boa lo habían rodeado antes, esperando al hombre para matarlo cuando saliese. El hombre escuchaba desde adentro lo que decían. El hombre se quedó pensativo por donde salir, empezó



cortar por partes de la costilla. Lo abrió no tan ancho y salió hacia afuera con fuerza pegándose en su cuerpo la resina o manteca de la boa. Al salir se dirigió hacia su casa.

Antes de llegar a su casa se quedó en el puerto para bañarse. Cuando estaba bañándose en medio del río salió un lagarto que hizo maldecir al hombre diciéndole:

“Nunca te sacarás la grasa que has tenido de mi amigo. Al secarse en la candela te quebrarás en pedazos y así morirás”.

El hombre al escuchar esto no le quiso creer. Salió del agua y se fue a su casa, se acercó a la candela para secarse y al secar todo su cuerpo se partió en rajas y se murió conforme lo que había dicho el lagarto.

Por eso en la actualidad la boa nos mata antes de tragar.

César Toro Montalvo



## La mujer que vino del cielo

Vino una mujer. Vino de la tierra de la madre del tigre, la cual se llamaba Tsirimpi. La mujer que vino de allí se llamaba Yakonero. Tsirimpi le dijo a ella: “Vete. Tal vez mi hijo te vaya a comer”. Yakonero se fue. Ella estaba embarazada. Se fue por el camino, cuesta arriba. Vio una flor. Su hijo le habló de adentro diciendo: “Mamá, cógeme esa flor”. Ella la cogió y siguió caminando con la flor en la mano. Luego vio otra flor. Dijo el hijo: Mamá cógeme esa flor. Ella se la cogió. Luego vio otra flor. Él dijo: Mamá, cógeme esa flor. Ella estaba ocupada. Le dijo a su hijo: Ven afuera tú. Mejor que tú andes llevando estas flores. Su hijo se enojó con ella y se quedó callado.

Se perdió el camino. Ella entró en el monte. Ella le dijo: ¿Dónde estará el camino? Él no dijo nada. Ella le dijo: ¿por qué te he dicho lo que dije? Ella regresó.

Tsirimpi le dijo: ¿Has regresado? Ella dijo. Sí. Mi hijito se enojó. Perdí el camino. Tsirimpi le dijo: Súbete al altillo. Mi hijo el tigre va a venir. Tal vez te va a comer. Ella subió. Y vino el tigre. Él se acostó debajo. Yakonero se sentó arriba. Ella escupió en la oreja del tigre y él se despertó. Él dijo: ¿Quién? Su madre le dijo. Nadie. Él dijo. Debe ser Yakonero. Le contestó su mamá. No, se fue. Él le dijo: Seguro que ella es. Su madre le dijo: Sí, ella es.



El tigre le dijo. Yakonero. Bájate y busca mis piojos. Ella se bajó y se puso a buscar sus piojos. Los mordió uno por uno en su uña. Acabó con un tigre. Había cuatro. Ella hizo lo mismo para otro. Los acabó. Hizo lo mismo con otro. Faltaba poco para acabar con el último. Una pulga le mordió. Yakonero vomitó. El tigre se enojó y la mordió a ella. Se la comió a la mujer. Su madre le dijo: No comas la criatura adentro. Dámelo. Él comió la mujer y alcanzó a su hijo. Pareció un pajarito. Había cuatro. Tsirimpi lo puso sobre una cuchma y lo secó. Lloraba como si fuera un pajarito. Cobró fuerza. Se fue volando afuera. Ella crió al pájaro.

Ella dijo: el pájaro estaba llorando. ¡Qué lástima que se fue su mamá en vano! Ella regresó y mi hijo el tigre la mató. Al oír esto pajarito desapareció. Se perdió de la vista. Entraron cuatro muchachos. Uno le dijo: ¿Que dices? Ella le dijo: Nada. Él dijo. Yo te oí. Así que tu hijo el tigre mató a mi mamá. Ella le dijo: Mentira es. Se lo dio, él salió. El cortó palos y arregló una trampa en el río. Se escondió en el agua. Entonces el tigre estaba durmiendo, en la casa. Oyó al muchacho gritando. Se levantó. Dijo: ¿Quién está gritando? Su madre le dijo. Nadie. Él dijo: Tal vez es el hijo de Yakonero. Voy a buscarlo. Él se fue a hurtadillas.

Llegó al río y dijo. Allí está, escondido para que yo no le vea. Dijo el muchacho: Ven a mí. Vamos a bañarnos. Dijo el tigre. No, los palos pueden picarme. El muchacho le dijo: No te van a herir. Nadó por encima de los palos y le dijo: Ve. No hicieron nada. El tigre sacó su cushma y nadó en el río. Quedó traspasado en la trampa. Los palos lo prendieron así. Salieron sus entrañas. El niño le cortó el cuello. Sacó su corazón. Hizo hervir agua. Metió el corazón en la olla. Estaba enojado. El tigre había comido a su mamá.



El muchacho hizo lo mismo con todos los tigres. Cada uno lo oyó gritar, se despertó, fue al río cayó en la trampa. (Se repiten todos los detalles en cada caso, en el cuento).

Tsirimpi dijo. Yo voy a buscarlo. El muchacho lo vio venir al río. Él le dijo: Ven a bañarte conmigo. Él dijo: No. Ella sabía lo que había pasado. El compañero del muchacho le dijo: No piques. Ella nos ha criado. La madre del tigre se escapó. Se escondió en una cueva. Luego salió en un lugar muy lejos. Allí dio a luz a otros tigres. Basta.

César Toro Montalvo



# Luna y el Ayaimama

Un día Luna se iba al monte en busca del mitayo, pero antes dijo a su mujer. “Hay zapallos maduros en nuestra chacra; coséchalos, los cocinas bien y me los guardas. Yo voy a ir a cazar maquisapas gordos para comerlos”.

Luna se fue al monte con su pucuna. Después de un rato, la mujer se fue a la chacra a ver los zapallos, como lo dijo su esposo. Cogió todos los zapallos maduros, y cuando los llevó a la casa los preparó y se los comió todos antes de que llegue su esposo.

Cuando ya se aproximaba la llegada de su esposo, preparó los zapallos verdes y los bajó justamente cuando su esposo estaba entrando a la casa con bastante mitayo.

Luna dijo:

—He matado maquisapas bien gordos y mantecosos. ¿Has cocinado los zapallos?.

La mujer contestó dudosamente que sí. Entonces él continuó:

—Señora, sírvame los zapallos maduros que has cocinado.

La mujer se paró tristemente y le sirvió zapallos verdes a su esposo.





—¿Qué has hecho con los zapallos maduros? —dijo Luna fuertemente.

—Todavía no estaban maduros, todos estaban verdes —contestó la mujer.

—Bueno, voy a ir a la chacra para ver si no has cogido nada.

Lamentablemente no encontró nada. Luna regresó a la casa molesta y dijo a su esposa.

—Has terminado todos los zapallos que he seleccionado y no has cumplido lo que te había dicho.

—¿Con qué boca voy a comer? ¿Acaso tengo barriga grande? —contestó la mujer en voz baja.

La luna no le hizo caso, fue hacia ella y le agarró en su boca diciéndole:

—¿Por qué tienes la boca cocida y qué es lo que tienes en tu barriga?

La dejó abriendo la boca de su mujer. “Me voy para arriba no quiero que me sigas”.

Al subir al cielo dijo maldiciendo:

“La gente te dirá: Está llorando la esposa de Luna por ambiciones, por no obedecer a su esposo y por glotona”.

Entonces la mujer quería ir donde había ido su esposo. Llevó su



canasta, sus bancos y su batán, su ropa, sus perros y sus pollos, se agarró en la sogá y empezó a subir para arriba.

Luna desde arriba la estaba mirando, entonces como estaba molesto trozó la sogá y la mujer cayó abajo con toda la carga y se reventó contra el suelo. Luna desde arriba dijo maldiciendo:

“Que seas buena greda para la fabricación de las cerámicas sin mezcla, y que llores cuando me encuentres en el espacio”.

Por eso los viejos antiguamente decían que la mujer greda es donde había reventado la esposa de Luna.

En la actualidad vemos que esa ave Ayaimama tiene su boca ancha porque su esposo la rompió con fuerza, y siempre llora cuando recién sale la Luna.

César Toro Montalvo



## El Dios Cashiri y el origen de la yuca

Una familia machiguenga que en tiempos remotos vivía probablemente en una vega situada junto a la desembocadura del río Coshireni, en el Urubamba, al pie del cerro Koovirinchini, tenía encerrada desde días atrás y en habitación aparte a una de sus hijas; pero no sin motivo, sino por haber llegado la muchacha a la pubertad.

Como en aquellos tiempos los machiguengas no conocían la yuca (sekachi) ni su uso como base de alimentación, la suplían con ciertas tierras arcillosas que, después de amasarlas bien, las cocían al rescoldo.

Uno de los días en que la muchacha quedó sola por haber ido sus padres a proveerse de la tierra arcillosa según acostumbraban, el Dios Cashiri (la Luna), bajando del cielo por el citado monte Koovirinchini, se presentó ante ella bajo la figura de un hermoso mancebo luciendo en su cabeza una corona o guirnalda de plumas de brillantes colores (matsaironchi).

Ella, desde luego siguiendo la buena educación acostumbraba en tales casos, después de saludarlo con el usual “viropipokake” (has venido), le dio una estera para sentarse y un pedazo de arcilla cocida para comer; pero Cashiri, sin rehusar al obsequio, le dijo a la joven: “Esto no es de comer, es más bien una materia con la que se hacen ollas para cocer la sekachi (yuca), verdadero alimento para el machi-



quenga. Y diciendo esto y sacando de su tsagui (morril) un trozo de yuca cocinada se la dio para que la probara.

Y como la joven, al encontrarla sabrosa, le preguntase dónde y cómo se podía conseguir tan valioso alimento, él le contestó con estas palabras: “Te deseo para mi esposa, y si tus padres consintieran en ello yo les traeré no solamente las raíces de la yuca, sino también la semilla y la de otras plantas alimenticias”.

Desde este momento quedó tan encantada la joven de su divino pretendiente como él enamorado de ella desde que la vio desde el cielo. Y aunque al partir le advirtió que nada de lo ocurrido contara a sus padres hasta que él se autorizase con nuevas visitas que sucesivamente le haría, no pudo quedar por mucho tiempo en el misterio porque los padres de la muchacha, al ver que contra lo acostumbrado ya no quería comer arcilla, y en cambio les obsequiaba con trozos de la sabrosa yuca que su amante le traía, le obligaron a confesar el origen de esta materia alimenticia.

Desde entonces, muy contentos con el ventajoso partido que les ofrecía el referido dios, instaron a su hija para que le propusiera presentarse ante ellos sin esperar más tiempo, pero como Cashiri aplazara su presentación oficial (digámoslo así) para el día en que su amada fuese desencerrada, pocos días antes de este acontecimiento se presentó ante ella con una gran carga de yuca cruda y le enseñó desde luego la manera de preparar con estos tubérculos amiláceos la sabrosa y embriagante chicha (shitea) y todo para celebrar con una gran fiesta el acontecimiento de su desencierro. En esta ocasión también trajo y sembró en ciertos sitios de la chacra las simientes de la yuca y de otras plantas alimenticias como el maíz, el plátano, la magon, la unkucha, etc.





Por fin llegó el día en que la muchacha sería desencerrada, y con esto la presentación oficial de su divino novio, quien desde luego inspiró afectuosa admiración a sus presuntos suegros y a todos los asistentes al acto.

El acontecimiento de las bodas, realizado casi al mismo tiempo, fue celebrado con una gran fiesta a la que asistieron las principales familias de la localidad.

Todos se alegraron como nunca al beber la sabrosa y embriagante chicha preparada con yuca, pero quien bebió más, porque no cabía en sí de gozo, fue el padre de la desposada.

Días después de haber terminado la fiesta, Cashiri se hizo acompañar al baño con su nueva consorte, al igual de lo que hacen los machiguengas para gozar por primera vez de los placeres del amor, cuando para esto no prefieren ir al monte.

Dejándola medio sumergida en la orilla del río, y con la advertencia de que estuviera quieta cuando un pececillo llegara a tocarla en cierta parte del cuerpo, él se fue nadando más adentro, pero como no obstante al sentirse tocada se sobresaltara, y con esto saliera también su marido, ella lo tomó por un juego pesado que le hacía, y le hizo otro juego arrojándole al rostro el jugo del masticado mankerishi que estaba mascando en el momento. Tal es el origen de estas nachas que la Luna presenta las veces que se halla en su plenitud o llena.

Vivió algunos años con los machiguengas, durante los cuales probablemente les enseñó, entre tantas cosas que ignoraban, el cultivo y los usos de las plantas alimenticias traídas por él. Tuvo también



varios hijos, hasta que el último, por ser de grandes dimensiones, causó la muerte de su madre.

A raíz de este inesperado y luctuoso acontecimiento, la madre de la difunta se abrió contra su yerno diciéndole: “Tú eres el único culpable de la muerte de mi hija por hacerla concebir hijos año tras año”.

Aunque Cashiri prometió resucitar con su divino poder a la víctima durante la noche, con tal de que el cadáver fuera previamente llevado a un sitio apartado donde nadie podía ser testigo de la realización del misterioso acto; todo fue en vano porque su implacable suegra no solamente seguía injuriándolo con palabras a cual más soeces, sino que también le obligaba a que se comiera a la difunta.

Por fin el divino viudo, sintiéndose sobremanera ofendido, dijo: “Ya que se me obliga a comer carne humana de hoy en adelante comeré carne humana”. Y diciendo esto cogió el cadáver de la difunta y después de asarla en un lugar apartado se la comió.

Con todo eso no quiso retirarse del seno de los machiguengas, con quienes había convivido, sin dejarles un recuerdo muy valioso de su divina bondad.

Como en aquellos tiempos la Tierra era apenas iluminada por un astro que por su luz incipiente y por ponerse muy pronto es llamado Kamanarikiti (el que muere pronto y a menudo), Cashiri determinó que uno de sus hijos (sin duda todos de naturaleza divina como él) reemplazara el citado astro no solamente para servir a la Tierra y a sus habitantes de un grandioso luminar, sino también para calentarlos. Con este propósito sembró previamente en los cuatro puntos cardinales de la Tierra las simientes de un árbol misterioso, y como de ellas solamente surgieran y crecieran las que puso en el oriente



y en el occidente, se dijo para sí: “He ahí los dos puntos o extremos del camino que debe recorrer mi hijo”.

Diciendo esto, colocó al mayor de ellos, el que causó la muerte de su madre, en el oriente, y si de allí, a medida que se elevaba en el firmamento, su luz y calor eran ya muy intensos, cuando llegó al zenit se hicieron insoportables, porque la Tierra se calcinaba con todos sus habitantes, visto lo cual por Cashiri se dio prisa en retirarlo y colocarlo en otra región del empíreo para que allí sirva luminar a otros seres más privilegiados. Es el Sol, que allá nunca se pone, y se llama Kenti o Iguentimaranete; este último nombre quizás por sus grandes dimensiones o por la alta misión que desempeña en el cielo.

Igual ensayo hizo con otro de sus hijos, tal vez con el primero que le nació, y como los rayos de este fueron más soportables, los destinó desde entonces para iluminar y vivificar a la Tierra y a todas sus criaturas. Este es el Sol que conocemos, llamado Inti o Poreachiri (el que alumbra), y él desde aquél día también hace su recorrido por los dos puntos citados. A sus demás hijos, y hasta a su propia consorte, los convirtió también en estrellas; una de ellas es la llamada Saripoto (probablemente el planeta Venus).

Cashiri, que para beneficiar a los machiguengas había construido en el río Urubamba con los troncos de la palmera Kirite una gran trampa (shinperenchi) en la que se cogían como por encanto increíble cantidad de peces, de toda clase y tamaño, al retirarse del mundo la desbarató, y sus vestigios se ven todavía más arriba de la desembocadura del río Kiteni en el Urubamba.

En cambio construyó otra en el río Meshiarení del cielo o en uno de sus afluentes, pero para atrapar gentes, o mejor dicho almas, que





allá se convierten en peces, sobre todo si son de mujeres y de niños, de las que gusta bastante desde que le obligaron a ser un caníbal.

Para vigilar esta trampa tiene apostado a un sujeto llamado Shiri-chanchani, el cual, tan pronto se llena la trampa de presas, da aviso a su amo. Este acude al sitio, ultima a las víctimas, las ahúma y haciendo de todas un paquete se va con esa carga para disponerla en su casa.

Pero tal guardián, que un tiempo fue machiguenga, no siempre cumple puntualmente su consigna, doliéndose sin duda de la suerte que espera a sus semejantes, y por eso, en vez de detenerlos en la trampa, los entrega a la corriente del río. Enseguida, fingiendo aire de contrariedad, va a decir a su amo: “Nada tenemos hoy”. Cuando así las cosas se realizan en el cielo, aquí en la Tierra acontece que los enfermos que se hallan a punto de morir acaban por recuperar la salud.

César Toro Montalvo



## Nugkui

**A**sí cuentan los viejos cómo los hombres aprendieron a hacer chacras. Al principio los primeros hombres padecían mucha hambre, y así hambreado tanto, después de sembrar topa, raspando su cáscara la comían.

Sucedió cierta vez que una mujer estaba subiendo quebrada arriba, para ver qué cosa había allí, unas cáscaras de yuca bajaban arrastradas por el agua.

—¡Oh —decía—, ahí tienen yuca!

Después de chupar las cáscaras, subiendo más arriba, vio a una mujer que con su hijita, después de bañarse, estaba pelando yuca.  
—¡Dame yuquita, me muero de hambre!

—¡No! Llévate a la niña. Si te llevas entonces yo vendré a vivir bien aquí —así le dijo.

La mujer, llevándose a la hijita de Núgkui, la colocó sobre la cama bien envuelta en unos trapos que la escondían. Hecho esto, lavando las ollas y las pininguas y preparando el cernedor, dejó todo listo para hacer el masato





—¡Haz un conjuro para pedir comida, pide yuca, que haya masato, pide maduro para acompañar y carne de monte, dijo la mujer!

Al entregarla cuando la envió, la mamá de Núgkui le había instruido bien sobre lo que tenía que hacer:

—Cuando estés sentada, bien oculta por la ropa, tienes que decir: “¡Que haya mucha yuca amontonada en los rincones! ¡Que aparezca masato en las tinajas! ¡Que las abejas zumben alrededor del plátano bien maduro! ¡Que venga carne cocinada, que aparezcan carnes de paujil y de mono ahumado!

Y al decirlo así se hacía:

—Que el masato bien cernido se derrame espumoso en las piningas...

El marido de la mujer, que había estado sembrando en su chacra, regresaba hacha al hombro a la casa. Al servirse de todo aquello, dijo:

—¡Mi vieja, ¿de dónde ha venido la niña que te dio estas cosas?

—Deja eso, tú bebe y no preguntes. No hables de eso.

—¡Está bien! —y ¡chat!, agarrando la pininga con dos manos, bebía.

—¡Mi vieja, aguarda!, ¡me muero de hambre!, ¿de dónde ha venido esto?

—¡Chii... y no habló más.



Tenían mucho masato, vivían bien. Así estuvieron mucho tiempo.

—Pide que tengamos chacras —decía.

Entonces, aparecieron unos trozos de tierra bien pingüe. Maduraba allí el plátano de cocinar, el maduro, aparecían matas de secano y los zapallos extendían sus tallos por todo el suelo. ¡Buenaza era la chacra!

Cierta vez, estando la muchachita con ellos, el hombre se dañó el pie con una espina; sufría mucho.

—Vamos a salir —dijeron—, quédate en la casa. Quedó la niña sola en la casa con el hijito del hombre, que era un muchacho muy necio.

—¡Pide que venga el lwanchi! —dijo el muchacho.

—Si llamo al lwanchi, vas a tener miedo.

—Entonces llama a un jaguar —insistió.

—Vas a tener miedo del jaguar —replicó.

— ¡Llámalo pues!

—¡Está bien!, ¡que venga un jaguar! Cuando estén aquí te asustarás y querrás que se regresen.

Aparecieron unos tremendos jaguares y entonces, otra vez:

—¿Qué se regresen los jaguares?



El muchacho volvió a insistir.

—¡Llama al lwanchi!

—Si llamo al lwanchi, vas a tener miedo, este no se regresa.

Seguía insistiendo el muchacho, y no lo podía convencer.

—¡Está bien pues!, ¡que aparezcan lwanchi por todos los rincones!  
¿Cuándo los veas aquí querrás que los haga regresar?

Entonces aparecieron los lwanchi.

—¡Di a los iwanchi que se regresen!

No querían irse los iwanchis.

—¡Manda a los iwanchi que se regresen!

No se iban.

¡Ya te dije lo que iba a pasar si los llamaba.

—Rápido, bótalos afuera! —le repitió, y agarrando la ceniza, ¡pret!,  
le llenó los ojos ceniza.

Llorando mucho la niña Núgkui se trepó a la viga de lo alto de la casa. Entonces, en la chacra, las yucas se transformaban en tsnim-nim, el maduro en tumpéa, el setach en winchu...





Al ver esto, los papás, que estaban en la chacra, decían.

—¿Qué es lo que está ocurriendo?

Los camotes se cambiaban en inchinchi.

Fueron corriendo a la casa. Al llegar, mirando, vieron que allá arriba estaba la niña Núgkui llorando.

—¿Qué ocurre? —preguntaron.

—Tu hijo me malogró los ojos botándome ceniza —respondió.

Riñeron al niño, y después, viéndola puesta allá arriba, querían hacerla bajar cortando los palos con el hacha. Entonces Núgkui cantaba:

—Kegku kenku jujuit. iguayaquil, guayaquil, recíbeme! ¡Quiero ir a comer en el regazo de mi mamá!

Entonces el pilar central! de la casa se transformó en un gran guayaquil.

¡Tum, tum, tum! golpeaba el hombre con su hacha. Iban ya a charla.

—Ay, ay, ay. —icasi la agarraban!, ¡Tuunt!, golpeaba al guayaquil.

Entonces la niña desapareció dentro del guayaquil. Cortando el guayaquil y bajándolo para mirar dentro, encontraron puesto allí un niño muy gordito.



—Sácalo rápido —dijo y lo pusieron en un rincón de la casa.

—¡Pide yuca para nosotros! —pedía, y aparecieron unas yucas bien raquílicas poca comida.

—No pidas así, pide bien que nos vengan camotes.

El camote era mezquino, los plátanos eran mezquinos. Lo que el niño pedía era todo raquílico y descolorido. Así hacía siempre. El hombre, chancando al niño con el pie, se lo introdujo por detrás. Al amanecer, después de haber dormido, el hombre venteó. ¡úut...!

Así Núgkui nos dejó a lki, y por eso que hicieron quedó dentro de los hombres desde tiempos antiguos.

César Toro Montalvo



# La Casa de los Diablos

**H**abía uno que andaba, quién sabe dónde. Al atardecer quería pedir alojamiento. Llamó cerca de una casa desde el camino. Llamó pero nada se oyó (desde la casa); estaba en silencio. La casita estaba echando humo, dando la impresión de que alguien vivía allí, y cuando se oyó un pequeño ruido desde adentro, se acercó al corredor de la casa. Cuando llamó, se oyó adentro una voz que decía. “Ven, ven, pasa adentro”.

Había un muerto que le llamaba, y le hizo entrar. Entonces allí había ollas que hervían. (El alma de muerto) le dijo: “Mira bien esas ollas, come bien de ellas. Y mí, hazme un favor, detrás de la casa hay una huerta donde crece el romero. Tráeme (de ello) y échalo encima de mí. (Los diablos) vienen a llevarme, dijo.

Poniéndose de acuerdo, (el hombre) comió alverjas, matecito, y otras cosas más que no sé; cosas que había en las ollas sobre el fuego, (El alma) estaba tumbada en el suelo. Así que (el viajero) fue a traerle el romero, cargándolo abrazados. Al llegar con el romero, lo echó encima del cadáver y puso bastante en la cabecera de la cama. Entonces el alma dijo: “Come bien esas cosas, come todo lo que puedas, (Los diablos) vendrán a llevarme a mí. Tú, súbete arriba”.

Ya estaba oscureciendo bastante. Así que, después de hacer todas esas cosas, (el viajero) se subió arriba. Subió una escalera alta y se sentó en un rincón allí arriba.



Cuando ya estaba bastante oscuro, se escuchó llegar a 8 diablos, metiendo mucha bulla, para llevarse el alma. Ya vinieron a llevarlo. Allí estaba el otro (el viajero) también, pero él estaba protegido por Dios. Él tenía una medalla. Dios le había dado una medalla, una grande, cuando se oyó (la bulla) él se protegió con la medalla. Así entraron muchos de ellos por la puerta. Adentro había muchos bancos en donde los diablos se sentaron en filas.

Dejaron sus velas botadas por todas partes en los rincones de la casa. Las velas eran grandes huesos de caballo, que brillaban. Para entonces (el hombre) había subido arriba y encontró allí se sentado en filas. Estando allí sentados en filas tuvieron una gran reunión. Había uno que más hablaba, este era el jefe, el traía tres cruces. Poniendoce a lado de las cruces, Preguntó:

—“Tú ¿qué trabajo has hecho?”

—“Yo he hecho este trabajo y el otro”.

—“Bien está. Y tú ¿Qué trabajo has hecho?”

—“Yo también he hecho este trabajo, y este”

—“Bien está”.

Todos decían así. Le preguntó a otro, que contestó. ”Yo he trabajado con una soltera y un soltero”.

Cuando le hizo decir eso, (el jefe) dijo que no era trabajo de él, (“eso no era pecado”- interrumpe la esposa del narrador) Así fue, todos ellos hicieron sus declaraciones. Luego dijo a otro. Ahora, pasa hombre, ven acá” Este era un tullido. No le escuchó. Quedó parado en



el umbral de la puerta sin pasar adentro, pensando que sí los otros escuchasen un ruido y comenzaran a arrancar, él podría salir antes que ellos. Pero no iba a tener tiempo de correr ni nada. Desde arriba ya oyó algo y subió.

Así que los gallinazos (los diablos) oyeron algo, subieron dos a tres gradas las escaleras. Allí se quedaron, pues (el hombre) se protegió con su medalla, diciendo: “Da pues soltando de estos judíos. En ese momento había muchos gallos alrededor de la casa, de manera que ese hombre se iba a salvar. Entonces (los diablos) quedaron parados sin poder subir más la escalera. Luego dijeron. “¿Qué gallo canta?”

—“El gallo negro”.

—“Es mío. ¿Qué gallo canta?”

—“El gallo blanco”.

—“Es mío. ¿Qué gallo canta?”, así preguntó por todos los gallos.

—“Es el gallo”.

—“Es mío”, dijo asimismo.

—Luego dijo. “¿Qué gallo canta?”.

—“Ese es el gallo mishiku”.

—“Ese es el brujo, dijo.



Cuando el gallo mishiku, ellos dijeron que era el gallo del brujo, cantó y todos salieron de allí, pisando y haciendo polvo al que estaba parado en la puerta. Allí cuando todos habían pasado, pisándole al salir, el tullido se levantó y les siguió, escapándose también él.

De esta manera, con la ayuda de Dios (el viajero) hizo correr a todos esos patojos. ¿Quién sabe qué fue de ellos? Esa guagua, ¿habrá sido un dios? Hizo que ellos contasen todas las cosas que ellos habían hecho. Después él comió bastante.

Pasó la noche allí, y al día siguiente junto todo ese hueso-vela y se fue llevándoselas al pueblo de un rey. Se fue al pueblo donde esos malditos ladrones (los demonios) habían escondido el agua de toda la ciudad. Se puso en camino, habiendo escuchado muy bien (lo que ellos contaban) y llevándose las velas de huesos de los patojos, y se fue al pueblo del rey. Llegando allí vio que de veras no había agua. Los pobres animales y la pobre gente no tenían nada que beber. Estaban desesperados. Los animales y la gente se secaban, toda el agua se había secado. Así que al llegar dijo: “Yo aquí vengo, ¿cómo es que así están ustedes con la ciudad entera en estas condiciones?”.

Los habitantes le respondieron: “Así estamos pues”

—“Bueno, cuánto me pagarán ustedes, si yo hago brotar el agua?”

Nadie le creía. “Nadie de la ciudad puede hacer nada. ¿Cómo va a poder este hombre hacer brotar agua? Si nosotros juntamos dinero, él lo cogerá y se largará, dijeron sin creerle.

Así que entonces (el hombre) dijo: “Bueno, de modo que así piensan, ¿Qué será de ustedes?” y les mostró las velas de los diablos. Allí entonces todo el pueblo se levantó, todos los curas, todos se levantan-



taron y allí se creyeron al ver cómo era la cosa. Así que la mitad de la gente le creía y la otra no le creía, “Bueno, hagamos que saque el agua primero, y luego le pagaremos el doble”. Entonces, todos llegaron a un acuerdo. El hombre que iba a hacer brotar el agua no confiaba. Pero ya por la voluntad de Dios o hizo, y toda la gente del pueblo se reunió y dijo: “Bah, si él no saca el agua, juntémonos y saquémosla nosotros mismos”. Toda la gente se reunió en esa loma del calvario donde está el agua. A cada lado había un manzano muy grande. El agua estaba allí en medio de los árboles. “Vamos a ver”, dijeron ya.

Al día siguiente toda la gente echó a correr la noticia. Pusieron a la guagua en medio de ellos y fueron a darle desayuno. Fueron a mostrarle, que el agua iba estar en medio de los árboles. Allí todos cavaron. Las guaguas, los blancos, los caballeros, sacaron la tierra a puñados, recogiendo la tierra en sus sombreros, en sus faldas y ponchos. Después de escavar mucho, a un metro de profundidad encontraron tierra húmeda. Entonces, “aquí está el agua”. Muy felices cavaban como podían sacaban la tierra a puñados, en sus ponchos, faldas y sombreros, en latas y tazas. Entre todos el trabajo se hizo muy rápido. Cuando ya habían excavado casi dos profundidades, allí apareció el agua. Allí sí estaba el agua, y en ambas orillas del agua había dos sapos verdes que se movían, y que se arrancaron de susto. Habían estado allí sentados en el agua.

¿Quién sabe qué pasó con los sapos, si los sacaron o los botaron? ¿Qué habrá hecho tanta gente con los sapos que están sentados atracando el agua? Al parecer y al saltar del agua los sapos estaban empapados. No sé si los mataron o si los botaron vivos. Pero allí había mucha agua, estaba lleno de agua, allí estaba el agua y salió en gran cantidad (de la tierra).



Ahora sí todos tomaron mucho, en jarros, en tazas, en cántaros, tomaron toda el agua que podían. Y después de haber hecho brotar el agua, la gente tomaba al hombre como un dios, no lo dejaron irse, por haberles dado el agua. Así hizo brotar el agua y espantó a los sapos en ese pueblo del rey. Esto no lo he escuchado muy bien, si mataron a los sapos o simplemente los botaron. Eso no lo recuerdo sino un poquito, que esos sapos verdes son espantosos, son unos animales feos. Esos sapos son hábiles para esconder el agua.

César Toro Montalvo



## El exterminio de los viejos

**H**ay frente a Ujaku una peña que cae verticalmente sobre el río Marañón. Entre sus grietas crecen largos penachos verdes de vegetación herbácea. Los aguarunas, al pasar por allí en sus canoas, pronuncian el nombre “Wega amunikmau”. Esto es lo que ocurrió allí, y así lo cuentan nuestros viejos a sus hijos.

El suceso debió ocurrir por los años veinte. La narración fue recogida durante un viaje en canoa por el Marañón.

Antes nuestros viejos peleaban mucho con los huambisas. Bajaban los aguarunas a pelear en sus balsas, los huambisas subían en canoas. Chocaron en la playa que hay al lado de Ujaku. Los huambisas recogían piedras y arrojándolas rompían los escudos de los aguarunas; estos quedaban sin defensa, y al huir les mataban. Murieron muchos.

Dos estaban ya para escapar. Cruzando al otro lado del Marañón, los huambisas, con sus canoas, perseguían a los que iban por allí, pero uno de los dos, agarrándose a la vegetación, aunque querían picarlo con la lanza, escapó. El otro cayó y bajaba por el río. Para respirar, ocultándose, puso sobre su cabeza sau (espuma de la creciente), pero descubriéndolo, hiriéndolo, con la lanza en un lado de la cabeza, hiriéndole en el pecho lo mataron, se hundió y la corriente lo arrastraba por el fondo. Yendo así en una poza lo encontró el pagki (la serpiente mítica, la anaconda), lo cuidó y con la lengua le





iba sanando las heridas y así salió otra vez vivo. Como había visto al pagki era waimaku y no lo podían matar. Este waimaku era el viejo Tampúsh. Así acabaron los viejos, quedó casi pura viuda. El kakajam (jefe de los huambisas era Nayap).

Pasó el tiempo. Los aguarunas quisieron recobrase. Sus jefes eran Tukup, Kunchikui, Um y otros dos que no recuerdo. Reunieron mucha gente y llevaban canoas. Se reunieron del Marañón, Chapí, el Mayo, Nieva. Bajaron por el gran río y comenzaron a surcar por el Kanus que ahora llaman Santiago. Bien calladito, dejando las canoas escondidas, hundiéndolas llenas de agua, subieron por una quebrada grande.

Los del kanus preparaban su fiesta, y cuando llegaron a las casas, solo había tres mujeres. Los hombres habían ido al monte a buscar caza y las mujeres estaban en la chacra, trayendo yuca para hacer el masato. Ocuparon las casas como dueños, comían y bebían todo el masato y las comidas que tenían los huambisas. Después estaban aguardando a que los hombres regresaran. Así hacían su fiesta con las cosas de los huambisas. Tocaban el tambor y el pigkui, bailaban para hacer creer que ya habían regresado los hombres del monte.

Nayap el Wajiu, como jefe, no había ido con los otros. Estaba en el Ayamtai para “ver”. Tuntui, el otro Um huambisa, escuchaba la bulla desde una casa alejada.

—¿Han regresado ya a la fiesta? —decía. Se despidió de su mujer. Pintándose la cara de achiote con su tawas caminaba con la lanza empuñada llevando su machik para bailar. —¿Quiénes serán los que hacen fiesta? —decía. Los escuchaba hablar y no hablaban como huambisas. Se acercó para ver, tres a un lado, tres a otro lo estaban aguardando en emboscada. Pasó entre ellos. Al llegar a la casa se



inclinaba para mirar y ver si iban pintados de negro como enemigos. Lo mataron con las lanzas.

Nayap, en el Ayamtai, se enteró de que habían llegado los enemigos.

—¡Nawantá! —dice a su mujer— trae una najishtai (canasta para recoger los desperdicios de la yuca), la traeré con las cabezas de los enemigos. Ya lejos de la casa dejó el najishtai, lo había dicho para parecer valiente. Con él, venían otros dos kakajam y otro muchacho que estaba aprendiendo. Pelearon. Le cortaron la cabeza. Cortada, en el suelo la cabeza se movía como saltando, ¡Tanto Ajutap tenía! Lo acabaron destrozando todo su cuerpo por los miembros. Los viejos le sacaron el corazón para ver. Tenía su punta roja, bien dura, como pico de paucar. La punta llena de líquido, como lyakmau.

Nayap podía matar con solo su palabra. Así luchaban antes los viejos.

César Toro Montalvo



## La Yacu Mama

El principal entretenimiento de muchas gentes de Iquitos es llegar hasta cerca del muelle, cuando arriban vapores brasileños, para verlos de cerca y contemplar, de paso, la “muyuna” embaucada debajo de la plataforma del muelle.

Un día se dijo que la yacumama estaba embarazada, y fue aquel en que murió el Remigio.

Hacía apenas una semana que el Remigio se había casado con la Donatilda. Agregada a la joven y laboriosa pareja, doña Regina, la madre de Donatilda, parecía reivindicar a la suegra de su tradicional perfidia con el trato afectuoso y cordial que le dispensaba a su yerno.

Hacía tiempo que el Remigio prestaba servicios en el muelle. Como se ha dicho, debajo de la plataforma flotante y los pilares de hierro, guardado por la muyuna, en lo profundo del río, habitaba la yacumama, monstruo acuático provisto de dos cabezas, con cuerpo de boa centuplicado en el grosor, enteramente cilíndrico de cabeza a cola, largo de 25 a 30 metros.

La yacumama era la madre de los ríos. Lo era del propio Amazonas. De ella aprendió el agua su constante deslizamiento, su serpenteo, sus acechanzas; y si ocurrían naufragios y aun los nadadores más expertos parecían ahogados al tomar un baño en la corriente, era





porque el agua lo quería para proveer de alimento el vientre insaciable de su madre.

Según decían algunos trabajadores del muelle, en ciertas noches se podía escuchar el crujido de los anillos del monstruo cuando este se disponía a cobrar nueva pieza, una vez salido de sus largos reposos digestivos; y aun era posible distinguir en el fondo del agua dos luces tan potentes como faros provenientes de sus ojos.

Doña Regina sabía algo más sobre el reptil. Tanto había oído hablar de él, en los largos años de su vida. Aquel día, al oír a su yerno que la yacumama estaba embravecida, la buena mujer comentó:

—Seguro no encontrará comida. Porque ella come gente que muere “ahogada” no más... Cuidado tú, que trabajas en el muelle, hijo.

Esa tarde hubo mucha carga que desembarcar, y esta labor debía ser por eso rápidamente ejecutada. Y quién había de pensarlo. Serían las cuatro de la tarde, más o menos, cuando uno de los carros de carga que era bajado con el winche de la plataforma superior a la flotante golpeó fuertemente a Remigio, que se encontraba cuidando des esta operación y lo arrojó al río, que se encontraba a un metro de profundidad, justamente al centro de la muyuna, que lo engulló para entregarlo a las fauces abiertas del monstruo, que al fin podía satisfacer su hambre, a decir de las gentes que presenciaron el accidente.



Rato después, con los ojos abrazados por dos lágrimas que no habían alcanzado a surcar las enflaquecidas mejillas, más vieja al parecer, rodeada de parientes y amigos, mientras la Donatilda lloraba inconsolablemente, doña Regina intercalaba entre frase y frase un fatalista.

—Así tenía que ser, se lo había dicho yo.

César Toro Montalvo





# CARTA DEMOCRÁTICA INTERAMERICANA

## I La democracia y el sistema interamericano

### Artículo 1

Los pueblos de América tienen derecho a la democracia y sus gobiernos la obligación de promoverla y defenderla. La democracia es esencial para el desarrollo social, político y económico de los pueblos de las Américas.

### Artículo 2

El ejercicio efectivo de la democracia representativa es la base del estado de derecho y los regímenes constitucionales de los Estados Miembros de la Organización de los Estados Americanos. La democracia representativa se refuerza y profundiza con la participación permanente, ética y responsable de la ciudadanía en un marco de legalidad conforme al respectivo orden constitucional.

### Artículo 3

Son elementos esenciales de la democracia representativa, entre otros, el respeto a los derechos humanos y las libertades fundamentales; el acceso al poder y su ejercicio con sujeción al estado de derecho; la celebración de elecciones periódicas, libres, justas y basadas en el sufragio universal y secreto como expresión de la soberanía del pueblo; el régimen plural de partidos y organizaciones políticas; y la separación e independencia de los poderes públicos.

### Artículo 4

Son componentes fundamentales del ejercicio de la democracia la transparencia de las actividades gubernamentales, la probidad, la responsabilidad de los gobiernos en la gestión pública, el respeto por los derechos sociales y la libertad de expresión y de prensa. La subordinación constitucional de todas las instituciones del Estado a la autoridad civil legalmente constituida y el respeto al estado de derecho de todas las entidades y sectores de la sociedad son igualmente fundamentales para la democracia.

### Artículo 5

El fortalecimiento de los partidos y de otras organizaciones políticas es prioritario para la democracia. Se deberá prestar atención especial a la problemática derivada de los altos costos de las campañas electorales y al establecimiento de un régimen equilibrado y transparente de financiación de sus actividades.

### Artículo 6

La participación de la ciudadanía en las decisiones relativas a su propio desarrollo es un derecho y una responsabilidad. Es también una condición necesaria para el pleno y efectivo ejercicio de la democracia. Promover y fomentar diversas formas de participación fortalece la democracia.

## II La democracia y los derechos humanos

### Artículo 7

La democracia es indispensable para el ejercicio efectivo de las libertades fundamentales y los derechos humanos, en su carácter universal, indivisible e interdependiente, consagrados en las respectivas constituciones de los Estados y en los instrumentos interamericanos e internacionales de derechos humanos.

### Artículo 8

Cualquier persona o grupo de personas que consideren que sus derechos humanos han sido violados pueden interponer denuncias o peticiones ante el sistema interamericano de promoción y protección de los derechos humanos conforme a los procedimientos establecidos en el mismo. Los Estados Miembros reafirman su intención de fortalecer el sistema interamericano de protección de los derechos humanos para la consolidación de la democracia en el Hemisferio.

### Artículo 9

La eliminación de toda forma de discriminación, especialmente la discriminación de género, étnica y racial, y de las diversas formas de intolerancia, así como la promoción y protección de los derechos humanos de los pueblos indígenas y los migrantes y el respeto a la diversidad étnica, cultural y religiosa en las Américas, contribuyen al fortalecimiento de la democracia y la participación ciudadana.

### Artículo 10

La promoción y el fortalecimiento de la democracia requieren el ejercicio pleno y eficaz de los derechos de los trabajadores y la aplicación de normas laborales básicas, tal como están consagradas en la Declaración de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) relativa a los Principios y Derechos Fundamentales en el Trabajo y su Seguimiento, adoptada en 1998, así como en otras convenciones básicas afines de la OIT. La democracia se fortalece con el mejoramiento de las condiciones laborales y la calidad de vida de los trabajadores del Hemisferio.

## III Democracia, desarrollo integral y combate a la pobreza

### Artículo 11

La democracia y el desarrollo económico y social son interdependientes y se refuerzan mutuamente.

### Artículo 12

La pobreza, el analfabetismo y los bajos niveles de desarrollo humano son factores que inciden negativamente en la consolidación de la democracia. Los Estados Miembros de la OEA se comprometen a adoptar y ejecutar todas las acciones necesarias para la creación de empleo productivo, la reducción de la pobreza y la erradicación de la pobreza extrema, teniendo en cuenta las diferentes realidades y condiciones económicas de los países del Hemisferio. Este compromiso común frente a los problemas del desarrollo y la pobreza también destaca la importancia de mantener los equilibrios macroeconómicos y el imperativo de fortalecer la cohesión social y la democracia.

### Artículo 13

La promoción y observancia de los derechos económicos, sociales y culturales son constitucionales al desarrollo integral, al crecimiento económico con equidad y a la consolidación de la democracia en los Estados del Hemisferio.

### Artículo 14

Los Estados Miembros acuerdan examinar periódicamente las acciones adoptadas y ejecutadas por la Organización encaminadas a fomentar el diálogo, la cooperación para el desarrollo integral y el combate a la pobreza en el Hemisferio, y tomar las medidas oportunas para promover estos objetivos.

### Artículo 15

El ejercicio de la democracia facilita la preservación y el manejo adecuado del medio ambiente. Es esencial que los Estados del Hemisferio implementen políticas y estrategias de protección del medio ambiente, respetando los diversos tratados y convenciones, para lograr un desarrollo sostenible en beneficio de las futuras generaciones.

### Artículo 16

La educación es clave para fortalecer las instituciones democráticas, promover el desarrollo del potencial humano y el alivio de la pobreza y fomentar un mayor entendimiento entre los pueblos. Para lograr estas metas, es esencial que una educación de calidad esté al alcance de todos, incluyendo a las niñas y las mujeres, los habitantes de las zonas rurales y las personas que pertenecen a las minorías.

## IV Fortalecimiento y preservación de la institucionalidad democrática

### Artículo 17

Cuando el gobierno de un Estado Miembro considere que está en riesgo su proceso político institucional democrático o su legítimo ejercicio del poder, podrá recurrir al Secretario General o al Consejo Permanente a fin de solicitar asistencia para el fortalecimiento y preservación de la institucionalidad democrática.

### Artículo 18

Cuando en un Estado Miembro se produzcan situaciones que pudieran afectar el desarrollo del proceso político institucional democrático o el legítimo ejercicio del poder, el Secretario General o el Consejo Permanente podrá, con el consentimiento previo del gobierno afectado, disponer visitas y otras gestiones con la finalidad de hacer un análisis de la situación. El Secretario General elevará un informe al Consejo Permanente, y éste realizará una apreciación colectiva de la situación y, en caso necesario, podrá adoptar decisiones dirigidas a la preservación de la institucionalidad democrática y su fortalecimiento.

### Artículo 19

Basado en los principios de la Carta de la OEA y con sujeción a sus normas, y en concordancia con la cláusula democrática contenida en la Declaración de la ciudad de Quebec, la ruptura del orden democrático o una alteración del orden constitucional que afecte gravemente el orden democrático en un Estado Miembro constituye, mientras persista, un obstáculo insuperable para la participación de su gobierno en las sesiones de la Asamblea General, de la Reunión de Consulta, de los Consejos de la Organización y de las conferencias especializadas, de las comisiones, grupos de trabajo y demás órganos de la Organización.

### Artículo 20

En caso de que en un Estado Miembro se produzca una alteración del orden constitucional que afecte gravemente su orden democrático, cualquier Estado Miembro o el Secretario General podrá solicitar la convocatoria inmediata del Consejo Permanente para realizar una apreciación colectiva de la situación y adoptar las decisiones que estime conveniente. El Consejo Permanente, según la situación, podrá disponer la realización de las gestiones diplomáticas necesarias, incluidos los buenos oficios, para promover la normalización de la institucionalidad democrática. Si las gestiones diplomáticas resultaren infructuosas o si la urgencia del caso lo aconsejare, el Consejo Permanente convocará de inmediato un período extraordinario de sesiones de la Asamblea General para que ésta adopte las decisiones que estime apropiadas, incluyendo gestiones diplomáticas, conforme a la Carta de la Organización, el derecho internacional y las disposiciones de la presente Carta Democrática. Durante el proceso se realizarán las gestiones diplomáticas necesarias, incluidos los buenos oficios, para promover la normalización de la institucionalidad democrática.

### Artículo 21

Cuando la Asamblea General, convocada a un período extraordinario de sesiones, constate que se ha producido la ruptura del orden democrático en un Estado Miembro y que las gestiones diplomáticas han sido infructuosas, conforme a la Carta de la OEA tomará la decisión de suspender a dicho Estado Miembro del ejercicio de su derecho de participación en la OEA con el voto afirmativo de los dos tercios de los Estados Miembros. La suspensión entrará en vigor de inmediato. El Estado Miembro que hubiera sido objeto de suspensión deberá continuar observando el cumplimiento de sus obligaciones como miembro de la Organización, en particular en materia de derechos humanos.

Adoptada la decisión de suspender a un gobierno, la Organización mantendrá sus gestiones diplomáticas para el restablecimiento de la democracia en el Estado Miembro afectado.

### Artículo 22

Una vez superada la situación que motivó la suspensión, cualquier Estado Miembro o el Secretario General podrá proponer a la Asamblea General el levantamiento de la suspensión. Esta decisión se adoptará por el voto de los dos tercios de los Estados Miembros, de acuerdo con la Carta de la OEA.

## V La democracia y las misiones de observación electoral

### Artículo 23

Los Estados Miembros son los responsables de organizar, llevar a cabo y garantizar procesos electorales libres y justos. Los Estados Miembros, en ejercicio de su soberanía, podrán solicitar a la OEA asesoramiento o asistencia para el fortalecimiento y desarrollo de sus instituciones y procesos electorales, incluido el envío de misiones preliminares para ese propósito.

### Artículo 24

Las misiones de observación electoral se llevarán a cabo por solicitud del Estado Miembro interesado. Con tal finalidad, el gobierno de dicho Estado y el Secretario General celebrarán un convenio que determine el alcance y la cobertura de la misión de observación electoral de que se trate. El Estado Miembro deberá garantizar las condiciones de seguridad, libre acceso a la información y amplia cooperación con la misión de observación electoral. Las misiones de observación electoral se realizarán de conformidad con los principios y normas de la OEA. La Organización deberá asegurar la eficacia e independencia de estas misiones, para lo cual se le dotará de los recursos necesarios. Las mismas se realizarán de forma objetiva, imparcial y transparente, y con la capacidad técnica apropiada. Las misiones de observación electoral presentarán oportunamente al Consejo Permanente, a través de la Secretaría General, los informes sobre sus actividades.

### Artículo 25

Las misiones de observación electoral deberán informar al Consejo Permanente, a través de la Secretaría General, si no existiesen las condiciones necesarias para la realización de elecciones libres y justas. La OEA podrá enviar, con el acuerdo del Estado interesado, misiones especiales a fin de contribuir a crear o mejorar dichas condiciones.

## VI Promoción de la cultura democrática

### Artículo 26

La OEA continuará desarrollando programas y actividades dirigidos a promover los principios y prácticas democráticas y fortalecer la cultura democrática en el Hemisferio, considerando que la democracia es un sistema de vida fundado en la libertad y el mejoramiento económico, social y cultural de los pueblos. La OEA mantendrá consultas y cooperación continua con los Estados Miembros, tomando en cuenta los aportes de organizaciones de la sociedad civil que trabajen en esos ámbitos.

### Artículo 27

Los programas y actividades se dirigirán a promover la gobernabilidad, la buena gestión, los valores democráticos y el fortalecimiento de la institucionalidad política y de las organizaciones de la sociedad civil. Se prestará atención especial al desarrollo de programas y actividades para la educación de la niñez y la juventud como forma de asegurar la permanencia de los valores democráticos, incluidas la libertad y la justicia social.

### Artículo 28

Los Estados promoverán la plena e igualitaria participación de la mujer en las estructuras políticas de sus respectivos países como elemento fundamental para la promoción y ejercicio de la cultura democrática.

# Banco del Libro

INSTITUCION EDUCATIVA:								
DEPARTAMENTO:				PROVINCIA:				
^DISTRITO:								
Año	Grado	Sección	Nombres y apellidos del alumno	Código*	Condición del libro ^			
					Recibi	Firma del Padre	Entregué	Firma del Padre

\* Código = Número de orden del alumno Condición del libro:

- A = Nuevo, completo, limpio, sin deterioro.
- B = Completo, se puede borrar algunas marcas, sin deterioro.
- C = Con marcas que no salen y con deterioros subsanables.
- D = Inutilizable, requiere reposición.



## ¿Cómo cuido y limpio mis libros?

- Forro mi libro con plástico o papel y le coloco una etiqueta.
- Limpio mi libro con una franela.
- Uso mi libro con las manos limpias y en lugares apropiados.
- Realizo las actividades en un cuaderno u hojas de trabajo, sin rayar ni escribir en mi libro.
- Evito doblar las puntas y que se manche con líquidos o dulces.

**¡Cuido los libros porque otro niño los utilizará el próximo año!**

# SÍMBOLOS DE LA PATRIA



BANDERA



CORO DEL HIMNO NACIONAL



ESCUDO

## Declaración Universal de los Derechos Humanos

El 10 de diciembre de 1948, la Asamblea General de las Naciones Unidas aprobó y proclamó la Declaración Universal de Derechos Humanos, cuyos artículos figuran a continuación:

**Artículo 1.-** Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y (...) deben comportarse fraternalmente los unos con los otros.

**Artículo 2.-** Toda persona tiene todos los derechos y libertades proclamados en esta Declaración, sin distinción alguna de raza, color, sexo, idioma, religión, opinión política o de cualquier otra índole, origen nacional o social, posición económica, nacimiento o cualquier otra condición. Además, no se hará distinción alguna fundada en la condición política, jurídica o internacional del país o territorio de cuya jurisdicción dependa una persona (...).

**Artículo 3.-** Todo individuo tiene derecho a la vida, a la libertad y a la seguridad de su persona.

**Artículo 4.-** Nadie estará sometido a esclavitud ni a servidumbre; la esclavitud y la trata de esclavos están prohibidas en todas sus formas.

**Artículo 5.-** Nadie será sometido a torturas ni a penas o tratos crueles, inhumanos o degradantes.

**Artículo 6.-** Todo ser humano tiene derecho, en todas partes, al reconocimiento de su personalidad jurídica.

**Artículo 7.-** Todos son iguales ante la ley y tienen, sin distinción, derecho a igual protección de la ley. Todos tienen derecho a igual protección contra toda discriminación que infrinja esta Declaración (...).

**Artículo 8.-** Toda persona tiene derecho a un recurso efectivo, ante los tribunales nacionales competentes, que la ampare contra actos que violen sus derechos fundamentales (...).

**Artículo 9.-** Nadie podrá ser arbitrariamente detenido, preso ni desterrado.

**Artículo 10.-** Toda persona tiene derecho, en condiciones de plena igualdad, a ser oída públicamente y con justicia por un tribunal independiente e imparcial, para la determinación de sus derechos y obligaciones o para el examen de cualquier acusación contra ella en materia penal.

**Artículo 11.-**

1. Toda persona acusada de delito tiene derecho a que se presuma su inocencia mientras no se pruebe su culpabilidad (...).

2. Nadie será condenado por actos u omisiones que en el momento de cometerse no fueron delictivos según el Derecho nacional o internacional. Tampoco se impondrá pena más grave que la aplicable en el momento de la comisión del delito.

**Artículo 12.-** Nadie será objeto de injerencias arbitrarias en su vida privada, su familia, su domicilio o su correspondencia, ni de ataques a su honra o a su reputación. Toda persona tiene derecho a la protección de la ley contra tales injerencias o ataques.

**Artículo 13.-**

1. Toda persona tiene derecho a circular libremente y a elegir su residencia en el territorio de un Estado.

2. Toda persona tiene derecho a salir de cualquier país, incluso del propio, y a regresar a su país.

**Artículo 14.-**

1. En caso de persecución, toda persona tiene derecho a buscar asilo, y a disfrutar de él, en cualquier país.

2. Este derecho no podrá ser invocado contra una acción judicial realmente originada por delitos comunes o por actos opuestos a los propósitos y principios de las Naciones Unidas.

**Artículo 15.-**

1. Toda persona tiene derecho a una nacionalidad.

2. A nadie se privará arbitrariamente de su nacionalidad ni del derecho a cambiar de nacionalidad.

**Artículo 16.-**

1. Los hombres y las mujeres, a partir de la edad núbil, tienen derecho, sin restricción alguna por motivos de raza, nacionalidad o religión, a casarse y fundar una familia (...).

2. Sólo mediante libre y pleno consentimiento de los futuros esposos podrá contraerse el matrimonio.

3. La familia es el elemento natural y fundamental de la sociedad y tiene derecho a la protección de la sociedad y del Estado.

**Artículo 17.-**

1. Toda persona tiene derecho a la propiedad, individual y colectivamente.

2. Nadie será privado arbitrariamente de su propiedad.

**Artículo 18.-** Toda persona tiene derecho a la libertad de pensamiento, de conciencia y de religión (...).

**Artículo 19.-** Todo individuo tiene derecho a la libertad de opinión y de expresión (...).

**Artículo 20.-**

1. Toda persona tiene derecho a la libertad de reunión y de asociación pacíficas.

2. Nadie podrá ser obligado a pertenecer a una asociación.

**Artículo 21.-**

1. Toda persona tiene derecho a participar en el gobierno de su país, directamente o por medio de representantes libremente escogidos.

2. Toda persona tiene el derecho de acceso, en condiciones de igualdad, a las funciones públicas de su país.

3. La voluntad del pueblo es la base de la autoridad del poder público; esta voluntad se expresará mediante elecciones auténticas que habrán de celebrarse periódicamente, por sufragio universal e igual y por voto secreto u otro procedimiento equivalente que garantice la libertad del voto.

**Artículo 22.-** Toda persona (...) tiene derecho a la seguridad social, y a obtener (...) habida cuenta de la organización y los recursos de cada Estado, la satisfacción de los derechos económicos, sociales y culturales, indispensables a su dignidad y al libre desarrollo de su personalidad.

**Artículo 23.-**

1. Toda persona tiene derecho al trabajo, a la libre elección de su trabajo, a condiciones equitativas y satisfactorias de trabajo y a la protección contra el desempleo.

2. Toda persona tiene derecho, sin discriminación alguna, a igual salario por trabajo igual.

3. Toda persona que trabaja tiene derecho a una remuneración equitativa y satisfactoria, que le asegure, así como a su familia, una existencia conforme a la dignidad humana y que será completada, en caso necesario, por cualesquiera otros medios de protección social.

4. Toda persona tiene derecho a fundar sindicatos y a sindicarse para la defensa de sus intereses.

**Artículo 24.-**

Toda persona tiene derecho al descanso, al disfrute del tiempo libre, a una limitación razonable de la duración del trabajo y a vacaciones periódicas pagadas.

**Artículo 25.-**

1. Toda persona tiene derecho a un nivel de vida adecuado que le asegure, así como a su familia, la salud y el bienestar, y en especial la alimentación, el vestido, la vivienda, la asistencia médica y los servicios sociales necesarios; tiene asimismo derecho a los seguros en caso de desempleo, enfermedad, invalidez, vejez u otros casos de pérdida de sus medios de subsistencia por circunstancias independientes de su voluntad.

2. La maternidad y la infancia tienen derecho a cuidados y asistencia especiales. Todos los niños, nacidos de matrimonio o fuera de matrimonio, tienen derecho a igual protección social.

**Artículo 26.-**

1. Toda persona tiene derecho a la educación. La educación debe ser gratuita, al menos en lo concerniente a la instrucción elemental y fundamental. La instrucción elemental será obligatoria. La instrucción técnica y profesional habrá de ser generalizada; el acceso a los estudios superiores será igual para todos, en función de los méritos respectivos.

2. La educación tendrá por objeto el pleno desarrollo de la personalidad humana y el fortalecimiento del respeto a los derechos humanos y a las libertades fundamentales; favorecerá la comprensión, la tolerancia y la amistad entre todas las naciones y todos los grupos étnicos o religiosos; y promoverá el desarrollo de las actividades de las Naciones Unidas para el mantenimiento de la paz.

3. Los padres tendrán derecho preferente a escoger el tipo de educación que habrá de darse a sus hijos.

**Artículo 27.-**

1. Toda persona tiene derecho a tomar parte libremente en la vida cultural de la comunidad, a gozar de las artes y a participar en el progreso científico y en los beneficios que de él resulten.

2. Toda persona tiene derecho a la protección de los intereses morales y materiales que le correspondan por razón de las producciones científicas, literarias o artísticas de que sea autora.

**Artículo 28.-** Toda persona tiene derecho a que se establezca un orden social e internacional en el que los derechos y libertades proclamados en esta Declaración se hagan plenamente efectivos.

**Artículo 29.-**

1. Toda persona tiene deberes respecto a la comunidad (...).

2. En el ejercicio de sus derechos y en el disfrute de sus libertades, toda persona estará solamente sujeta a las limitaciones establecidas por la ley con el único fin de asegurar el reconocimiento y el respeto de los derechos y libertades de los demás, y de satisfacer las justas exigencias de la moral, del orden público y del bienestar general en una sociedad democrática.

3. Estos derechos y libertades no podrán, en ningún caso, ser ejercidos en oposición a los propósitos y principios de las Naciones Unidas.

**Artículo 30.-** Nada en esta Declaración podrá interpretarse en el sentido de que confiere derecho alguno al Estado, a un grupo o a una persona, para emprender y desarrollar actividades (...) tendientes a la supresión de cualquiera de los derechos y libertades proclamados en esta Declaración.

“DISTRIBUIDO GRATUITAMENTE POR EL MINISTERIO DE EDUCACIÓN  
PROHIBIDA SU VENTA”